

María, Madre de misericordia en la experiencia y en la literatura mística y espiritual

Manuel Ángel Martínez
Facultad de Teología San Esteban. Salamanca

INTRODUCCIÓN

El amor misericordioso de María hacia la humanidad se enraíza en su maternidad espiritual que, a su vez, tiene su fundamento en la maternidad divina y en la predestinación para llevar a cabo esta misión. Este amor misericordioso es la expresión propia de su maternidad espiritual, y se manifiesta especialmente en su intercesión y en la solicitud por la salvación de sus hijos. Esta relación tan estrecha entre maternidad y misericordia hace que la reflexión sobre estas dos realidades haya caminado en algunos autores a la par. No obstante, también en este caso la vida o la experiencia han ido por delante.

De modo general los místicos no se detuvieron a reflexionar sobre la misericordia de María, aunque tuvieron una experiencia muy viva de su maternidad. En algunos de los escritos místicos las referencias a la Virgen son muy escasas y poco significativas; pensemos por ejemplo en san Juan de la Cruz, pero es de suponer que no todo está en los escritos.

En estas páginas procederemos de la siguiente manera: en primer lugar haremos un rápido recorrido por la historia de la espiritualidad, principalmente occidental católica, desde la perspectiva de la misericordia de María, para luego detenernos en algunos autores en cuyos escritos encontramos ideas y textos significativos relacionados directamente con nuestro tema. Aunque el vocabulario de la misericordia tiene cierta amplitud, aquí nos hemos limitado prácticamente a los textos que hablan expresamente

de ella o del título de «abogada» o de la «ternura» de María. Este estudio no pretende ser exhaustivo, ni en el elenco de autores elegidos ni en la profundidad que requeriría cada uno de ellos, pues sería preciso situar sus afirmaciones marianas en el conjunto de su obra y más precisamente en el de su mariología, así como reconstruir el contexto histórico en el que fueron escritos. Nuestro objetivo será recoger, aunque sea muy rápidamente, sus intuiciones sobre el tema. Nos limitaremos a hablar de la misericordia de María respecto de la humanidad, dejando a un lado —salvo breves alusiones ocasionales— el tema de la «compasión de María» al pie de la cruz, o de los padecimientos de María juntamente con Cristo en el calvario, que obviamente tienen relación con lo que aquí estamos tratando y con la maternidad espiritual de la Virgen, pero que alargaría en exceso nuestro estudio.

1. RÁPIDO RECORRIDO POR LA HISTORIA DE LA ESPIRITUALIDAD

Prácticamente hasta la Edad Media, en Occidente, no se comienza a hablar de María como *nuestra madre*. Esto no significa que anteriormente los cristianos, tanto de Oriente como de Occidente, no tuvieran sentimientos filiales respecto de ella. Esa actitud filial comenzó a manifestarse desde el final de la edad apostólica y puede verse reflejada más tarde en la oración más antigua que conocemos en la que se invoca a María, nos referimos a la oración conocida con el nombre latino *sub tuum praesidium*¹, y que se encuentra escrita en griego en un papiro que los expertos creen que se escribió en Egipto a finales del siglo III o principios del siglo IV. En griego la oración comienza haciendo referencia a la misericordia de María². El orante busca refugio «bajo la misericordia» de María. La razón de acudir a ella o lo que le da fuerza a esta oración es la confesión de María como *Théotokos*; este título supone en María la capacidad para concedernos toda clase de favores

¹ La versión original de esta oración dice así: «Bajo el amparo de vuestra misericordia nos refugiamos, oh Madre de Dios, no induzcáis en tentación nuestra oración, mas libranos del peligro, tú la única casta y bendita». J. BUR, *Pour comprendre la Vierge Marie* (Paris 1992) 154.

² Remitimos al estudio de G. GIAMBERARDINI, «“Sub tuum praesidium” e il titolo “Teotokos” nella tradizione egiziana»: *Marianum* 31 (1969) 324-362. La traducción que presenta este autor es la siguiente: «Bajo tu misericordia nos refugiamos, Engendrada de Dios. No desprecies nuestras súplicas en las necesidades. Más libranos del peligro: la sola casta, la sola bendita». *Ibid.*, 330. La palabra griega traducida aquí por misericordia es la siguiente: εὐσηλαγχυία, que —según el mismo autor— significa «buenas entrañas, buen interior, buen corazón, tierno corazón, corazón misericordioso». *Ibid.* María es invocada aquí como refugio de misericordia; en cuanto tal puede liberar de los peligros y salvar a los pecadores.

sin restricción; eso significa, por tanto, que su misericordia no está limitada por ninguna circunstancia.

La idea de la maternidad espiritual de la virgen María hace su camino a través del título de «madre de misericordia», que se encuentra por primera vez en la biografía de san Odón, abad de Cluny (+ 924), escrita en el siglo X por *Juan el Italiano* o *de Salerno*. En esta biografía se recoge la siguiente oración de san Odón dirigida a María en la noche de Navidad:

«Oh Señora Madre de misericordia, tú que en esta noche has dado al mundo al Salvador, dignate interceder por mí. Apelo a tu parto glorioso y singular, oh piísima, para que inclines tu oído clemente a mis súplicas. Temo muchísimo que mi vida pueda desagradar a tu Hijo, y ya que, oh Señora, él se ha manifestado al mundo por medio de ti, te ruego que él, por obra tuya, tenga sin tardanza piedad de mí»³.

Más adelante el biógrafo relata que un monje, que en su juventud había sido ladrón antes de entrar en el monasterio, le contó a san Odón que durante la noche había sido elevado al cielo en una visión donde se encontró con una mujer resplandeciente que le preguntó si la reconocía; como el monje respondió negativamente, la mujer le dijo: «*Ego [...] sum mater misericordiae*». Desde entonces el santo Abad tomó la costumbre de dirigirse a María con ese título⁴. No obstante, en estos textos no está claro si lo que se quiere decir es que María es la «madre de la Misericordia en persona», es decir, la madre de Cristo, o si se trata de nuestra madre, misericordiosa con nosotros. La expresión «*Regina misericordiae*» se divulgó más tarde a través de la antífona mariana *Salve Regina*⁵. Y a través de este título se fue to-

³ PL 133, 9, 47 BC. Tomamos la traducción de: ALFREDO SIMÓN, «El misterio de María en los autores cluniacenses: san Odón (+942), san Odilón (+1049), san Hugo (+1109) y Pedro el Venerable (+1156)»: *Revista Española de Teología* 66 (2006) 158-159.

⁴ PL 133, 20, 72 AB.

⁵ Una leyenda atribuye la *Salve Regina* a san Bernardo de Claraval (1090-1153), aunque el texto parece ser anterior a él; se dice que san Bernardo le añadió la invocación final (*O clemens, o pia, o dulcis María*), pero también estas palabras fueron incorporadas a la *Salve* con anterioridad. Esta antífona se le atribuye también a Herman Contracto (1013-1054), pero al parecer cuando él ingresó en la abadía alemana de Reichenau ya los monjes de ese monasterio la conocían. También se le atribuye al francés Ademar de Monteil (+1098), obispo de Le Puy, delegado pontificio en la primera cruzada, que falleció en 1098 en Antioquía. Hay quien sostiene que esta antífona nació probablemente en España hacia el año 1000; en este caso su autor más probable sería san Pedro de Mezonzo (930-1003), que fue obispo de Santiago de Compostela. Para la atribución a este último autor véase

mando conciencia de que María es nuestra madre misericordiosa. Aunque la expresión «Mater» se añadió a la *Salve* en el siglo XVI.

En el siglo XI *san Anselmo de Cantorbery* (1033-1109), con un lenguaje afectivo, recurre a la misericordia de María en sus bellas oraciones dirigidas a la Madre del Salvador. Estas oraciones, compuestas en un tono muy personal, se hacen eco también, de la piedad y de la mariología de la época. La primera de las tres oraciones publicadas actualmente en el conjunto de sus *Obras completas*, asocia el poder con la bondad, la dulzura y la misericordia de María. María es misericordiosa con sus hijos porque Dios le ha concedido un poder capaz de actuar sobre la miseria de los hombres, especialmente sobre la miseria del pecado. Esta asociación de poder y de misericordia tiene un fundamento escriturístico, pues ya la Escritura une poder y misericordia en el caso de Dios. La misma asociación se encuentra después en la mayoría de los autores. Esta oración se expresa en los siguientes términos:

«¡Oh santa y, después de Dios, entre los santos particularmente santa, oh María, madre de una admirable virginidad, de una amable fecundidad, que has dado a luz al Hijo del Altísimo, que has traído al mundo al Salvador de este género humano entregado a la muerte! ¡Oh soberana, de santidad deslumbradora y de dignidad eminente, y que has sido dotada de un poder y de una bondad que no son menores! ¡Oh engendradora de la vida, madre de la salvación, templo de dulzura y de misericordia!, delante de ti desea presentarse mi alma desgraciada, languideciendo de las enfermedades de sus vicios, desgarrada con las llagas de sus crímenes, infectada con las úlceras de sus infamias; es como una moribunda, y quisiera poder suplicarte que te dignases curarla por el poder de tus méritos y piadosas oraciones. [...] Tan llena se encuentra [mi alma] de manchas y de infección, que teme que tu rostro compasivo se aparte de ella; es tal su desesperación, que se abandona y no espera ya que tu mirada se vuelva a ella, y sus labios están mudos para la oración»⁶.

Anselmo recurre a la mirada compasiva de María, atribuyéndole el poder de curar la enfermedad del pecado:

«Mi espíritu moribundo aspira a una mirada de tu gran benignidad, pero se avergüenza al aspecto de tan hermoso brillo. ¡Oh Señora mía!, yo qui-

el libro de MANUEL RUBÉN GARCÍA ÁLVAREZ, *San Pedro de Mezonzo. El origen y el autor de la «Salve Regina»*, Madrid 1963.

⁶ SAN ANSELMO, *Oraciones y meditaciones*, en *Obras completas*, BAC, Madrid 1953, 307.

siera suplicarte que, por una mirada de tu misericordia, curases las llagas y úlceras de mis pecados; pero estoy confuso ante ti a causa de mi infección y suciedad»⁷.

Más adelante Anselmo insiste en suplicar el perdón de sus pecados amparándose en los sentimientos misericordiosos que brotan espontáneamente en María, que vienen a ser naturales en ella cuando se encuentra ante la miseria humana que crea el pecado. Ahora puntualiza que el poder de María reside en la virtud del fruto bendito de su seno:

«¡Oh María, tiernamente poderosa, poderosamente tierna, de la que ha salido la fuente de las misericordias!, no detengas, te suplico, esa misericordia tan verdadera, allí donde reconoces tan verdadera miseria. Porque si yo, por mi parte, me siento confundido por la torpeza de mis iniquidades frente a la santidad deslumbradora, tú, por lo menos, ¡oh Señora mía!, no tienes que avergonzarte de tus sentimientos misericordiosos, tan naturales con un desgraciado. Si yo confieso mi iniquidad, ¿me rehusarás tu benevolencia? Si mi miseria es mayor de lo que debería ser, ¿tu misericordia será menos de lo que conviene? [...] Cura, pues, ¡oh muy clemente!, mi debilidad, borra esta fealdad que os ofende; quítame, ¡oh muy benigna!, esta enfermedad, y no sentirás esa infección que tanto te repugna; haz, ¡oh muy dulce!, que no tenga más remordimientos, y no habrá nada que pueda desagradar a tu pureza. Hazlo así, ¡oh Señora mía!, escúchame. Cura el alma del pecador, tu servidor, por la virtud del fruto bendito de tu seno»⁸.

En la siguiente oración Anselmo habla de María como refugio de los pecadores. Como vemos, el tema de la miseria del pecado está muy presente en sus plegarias. El modo de ejercer la misericordia también en este caso consiste en la intercesión, abalada por sus méritos. Aunque en un primer momento habla de Dios como «juez severo», luego alude a su bondad, así como a la mansedumbre, bondad y misericordia de su Hijo. También al Hijo lo denomina «justo vengador de todos y cada uno», pero enseguida añade que su misericordia sabe perdonar:

«¡Oh Virgen [...], Madre digna de ser amada del género humano [...]! ¡Oh gran Señora a la que da gracias la alegre asamblea de los justos y junto a

⁷ *Ibid.*, 305-307.

⁸ *Ibid.*, 307.

la cual se refugia la muchedumbre aterrorizada de los culpables! Hacia ti, ¡oh Señora muy piadosa y misericordiosa!, hacia ti, yo pecador, muy pecador, por desgracia, corro buscando refugio».

Porque ya me veo, ¡oh Señora mía!, ante la justicia omnipotente de un juez severo, considero la intolerable vehemencia de su cólera, peso la enormidad de mis pecados y la crueldad de los tormentos que he merecido. Es tal el temor y el espanto que siento, ¡oh Señora muy clemente!, que imploro más ardientemente que nunca tu intervención, ya que tú has alimentado en tu seno a aquel que reconcilió al mundo. ¿De dónde esperar con más seguridad un socorro rápido en mis necesidades, más que ahí de donde ha venido el sacrificio propiciatorio que salvó al mundo? ¿Qué intercesión podrá obtener más fácilmente el perdón de los culpables, como la vuestra, pues que tú has alimentado al justo vengador de todos y de cada uno, pero cuya misericordia sabe perdonar? ¡Oh bienaventurada!, es imposible que olvides estos méritos. ¡Le son tan particulares y a nosotros tan necesarios! Igualmente, ¡oh dulcísima!, es imposible que no tengas compasión de la súplica de los desgraciados. [...] ¡Oh Señora mía, oh Madre en la que tengo mi esperanza!, ¿vas a olvidar, por malquerencia para conmigo, lo que tan misericordiosamente ha sido intimado al mundo, lo que tan felizmente ha sido divulgado y tan amorosamente aceptado? Este Hijo del hombre ha venido en su bondad a salvar lo que estaba perdido, ¿y la madre de Dios podría no preocuparse de aquel que en su perdición clama hacia ella? Este Hijo del hombre, tan bueno, ha venido a llamar al pecador a *la penitencia*, ¿y una buena madre despreciaría a aquel que arrepentido la implora? Este Dios tan bueno, este hombre manso, el Hijo de Dios, lleno de misericordia, ha venido a buscar al pecador que se desvía, ¿y tú, su buena madre, poderosa Madre de Dios, rechazarás al desgraciado que te invoca?»⁹

En la continuación de esta oración san Anselmo reconoce que tanto el Hijo como la Madre son clementes, por lo que exhorta al culpable contra Dios a encontrar su refugio tanto junto a «la dulce Madre del Dios de misericordia», como junto al «dulce Hijo de la benigna Madre». Si alguien es culpable respecto al Hijo y a la Madre, «que se deslice entre uno y otro, que se arroje entre el dulce Hijo y la dulce Madre»¹⁰. Anselmo se dirige también en esta oración a María llamándola «Reconciliadora del mundo» y «Madre de salvación».

En el último párrafo de esta oración podemos leer lo siguiente:

⁹ *Ibid.*, 309.

¹⁰ *Ibid.*, 311.

«¡Oh Dios, que te has hecho hijo de una mujer por misericordia; oh mujer que has llegado a ser madre de Dios por misericordia!, ten piedad de un desgraciado, perdonándole, intercediendo por él; o bien, muéstrame ante quien encontraré yo misericordia más segura para que me refugie en él; muéstrame junto a quién encontraré con certeza mayor poder. [...] Esto es lo que os pido: que donde mis méritos parecen insuficientes, no me falte vuestra misericordia. Por lo cual os suplico que me escuchéis, pero a causa de vosotros, no a causa de mí; por esa bondad que desborda de vosotros, por ese poder en que sois tan ricos»¹¹.

La tercera y última oración a la Virgen es la más larga, aunque las referencias directas a su misericordia son más escasas. No obstante, encontramos otras expresiones relacionadas con el ámbito de la misericordia. Anselmo, dirigiéndose directamente a María le dice: «todo mi ser se recomienda a tu protección»; afirma que todo su ser tiene necesidad de su patrocinio; María es la que ha colmado con sus beneficios a toda la tierra, e incluso los infiernos; es la Madre que ha reconstruido lo que Dios había construido; es llamada también Madre de los justificados y de la justificación, engendradora de la reconciliación y de los reconciliados, la Madre de la salvación y de los salvados. En un momento dado de esta oración se dirige a María en los siguientes términos:

«¡Oh María!, te suplico, por esta gracia que tienes de que el Señor está contigo y tú con Él, que me concedas tu misericordia, que permanezca conmigo; haz que tu amor esté siempre en mí, y tú ten siempre cuidado de mí. Haz que el grito de mis necesidades, mientras perduren, te siga por doquiera; que tus miradas de bondad, mientras yo viva, me acompañen; haz que la alegría que experimento de tu bienaventuranza permanezca siempre en mí y que tu compasión por mi miseria me siga por doquiera siempre que lo necesite»¹².

A mediados del siglo XIII nos encontramos con la obra titulada *Marial*¹³ atribuida a san *Alberto Magno*. Hablando de los grandes doctores medievales, Y. Congar decía que «ninguno quizás, salvo san Bernardo,

¹¹ *Ibid.*, 313.

¹² *Ibid.*, 321.

¹³ Seguimos aquí la edición en español publicada en Buenos Aires en 1918. Como se dice en el prólogo, la edición de Borgnet le da a esta obra el siguiente título: *Mariale sive quaestiones super Evangelium Missus est Angelus Gabriel*. Cf. *Ibid.*, 12.

ha dejado sobre María páginas, libros enteros de una contemplación tan penetrante»¹⁴. En la cuestión 162 de esta obra de san Alberto se plantea la cuestión de si a María le conviene el nombre de «Reina de misericordia». La argumentación comienza presentando quince breves objeciones a las que luego responderá. Algunas de estas objeciones son las siguientes: 1) no le conviene porque el nombre se da en razón de lo más digno, y en María lo más digno es ser Madre de Dios; 2) tampoco le conviene porque por haber sido exaltada a lo más elevado de la gloria, debería llamarse Reina de gloria; 3) tampoco le conviene porque en la gloria no hay miserias que socorrer; 4) además, si el emperador es superior al rey, más le convendría el nombre de emperatriz de la misericordia; 5) por otra parte, si el don sumo y más noble es la caridad, debería llamarse Reina de la caridad; 6) además, si a Cristo lo llamamos rey de paz y de amor, también a María habría que llamarle Reina de la paz y del amor.

A estas objeciones responde, en primer lugar, diciendo que la gloria, la gracia y la justicia consisten en sí mismas en proporcionar un bien, sin embargo, la misericordia es por sí misma proporcionar un bien y quitar un mal, por lo que el reino de la misericordia abarca más y es más extenso que el de la gloria o de la justicia. La dignidad es mayor cuando el poder es más amplio y grande. Por eso María, dada su dignidad, merece el nombre de Reina de la misericordia.

Propiamente hablando la gloria está solo en el cielo y no en la tierra, ni en el purgatorio ni en el infierno. En cambio, la misericordia existe en el cielo, en la tierra, en el purgatorio y en el infierno, lo que indica que el reino de la misericordia es mayor y, por consiguiente, la reina máxima debe llamarse Reina de misericordia.

La misericordia es la mayor de las obras de Dios, por lo que también María debe llamarse Reina de misericordia. La misericordia es lo propio de Dios y el patrimonio de su Hijo. También por ese motivo –argumenta este escrito– debe llamarse a María con toda propiedad Reina de misericordia.

Además, María posee el reino de la misericordia.

El genitivo *de misericordia* –como se explica aquí– se toma en sentido transitivo, por lo que puede decirse con toda verdad y propiedad que María es Reina de misericordia, pues ella es causa de toda misericordia, ya que en-

¹⁴ *Ibid.*, 36.

cierra toda la misericordia y alivia plenamente toda nuestra miseria. En sentido transitivo María es también reina de la misericordia. El Espíritu Santo preparó su seno para que en él descansara y se ubicara con verdad y propiedad toda la divinidad y humanidad. Luego ella fue el lugar propio del reino.

El nombre de Reina de misericordia es el más apropiado para referirse a María por su elevada dignidad. Le conviene con más justicia que el de emperatriz, porque este último connota más bien el temor y el rigor. En cambio, el de Reina expresa «providencia y equidad».

También *san Buenaventura* (1218-1274) alude a la misericordia de María en algunos de sus escritos. Así, por ejemplo, en su sermón *Sobre la Asunción de la B. Virgen María*, aplica a María las palabras de Is 2,2: «Todas las naciones acudirán a ella», palabras en las que se recomienda a María como refugio de abundantes misericordias. Según san Buenaventura todos necesitamos de su misericordia, por lo que todos debemos acudir a ella¹⁵. El Doctor Seráfico se inspira y cita expresamente algunos textos de san Bernardo y de san Anselmo que tocan directa o indirectamente el tema de la misericordia¹⁶.

En el siglo XIV tenemos los *Sermones* de Juan Taulero (~1300-1361), discípulo del Maestro Eckhart —como lo fuera también E. Susón—, brillantísimo predicador, que convirtió a veces sus sermones en verdaderos tratados de espiritualidad. Comentando las palabras evangélicas de Lc 6,36-38: «sed misericordiosos como el Padre...», Taulero declaraba a sus contemporáneos que esta virtud de la misericordia era muy desconocida. Y entendía que lo contrario a la misericordia es juzgar al prójimo y sacar a la luz sus defectos agravándolos¹⁷. Comentando la bienaventuranza que proclama dichosos a los misericordiosos, afirma —al igual que santo Tomás de Aquino— que la misericordia supera a todas las obras de Dios; y concluye que un hombre misericordioso es verdaderamente divino, porque la misericordia nace de la caridad y de la bondad. Y por esta razón los verdaderos amigos de Dios son de verdad muy misericordiosos y más acogedores con

¹⁵ SAN BUENAVENTURA, *De Assumptione B. Virginis Mariae*, en *Obras de San Buenaventura*, t. IV, BAC, Madrid 1947, 857.

¹⁶ Además del citado texto anteriormente podemos señalar también los siguientes: *Soliloquio*, *Ibid.*, 207; *De purificatione B. Virginis Mariae*, *Ibid.*, 639; *De annuntiatione B. Virginis Mariae*, *Ibid.*, 741.743; *De Nativitate B. Virginis Mariae*, *Ibid.*, 923.

¹⁷ Cf. J. TAULER, *Deuxième sermon pour le quatrième dimanche après la Trinité*, en J. TAULER, *Sermons*, Cerf, Paris 1991, 307.

los pecadores y con los que sufren que quienes no tienen caridad. Esta misericordia no consiste sólo en dar, sino que se ejercer respecto a todos los sufrimientos que aquejan a nuestro prójimo. Según Taulero, quien ve esos sufrimientos en sus hermanos y no les testimonia una verdadera caridad y una real simpatía en todos sus sufrimientos, y no se muestra misericordioso con sus faltas, tiene motivos sobrados para temer que tampoco Dios tenga misericordia de él; pues se nos aplicará la misma medida que usemos con los demás¹⁸. María vivió de modo excepcional esta virtud exigida a todos los hombres.

Hay una obra publicada entre las de J. Taulero titulada *Sobre las diez cegueras*. Según este escrito, la cuarta ceguera consiste precisamente en la ignorancia de la inestimable belleza, bondad y amabilidad de la Virgen María. Para el autor de esta obra la bondad, la piedad, la amabilidad, la misericordia, la fidelidad, la amistad, la gracia, la dulzura, la benevolencia y la caridad de María con Dios y con los hombres son tan inefablemente, tan incomprensiblemente numerosas, tan grandes y perfectas, que ningún espíritu creado puede ser plenamente consciente de ellas. En efecto, María es tan semejante y lo más cercana posible a su Hijo en la majestad y en el poder, en la sabiduría y en la claridad, en la bondad y en el amor, y, en definitiva, en todas las gracias, en todas las perfecciones y excelencias —muy por encima de todas las criaturas—, que no hay en este mundo un pecador, por execrable que sea, que ella no interceda por él ante su Hijo querido, y que no pueda, o no sepa o no quiera llevarle a él. Así lo expresa en el siguiente texto:

«Su caridad, su compasión, su misericordia hacia los pecadores son tan desbordantes, tan perfectas, que, mientras dure este tiempo de gracia, ella no puede desviar sus ojos compasivos de los desgraciados y de los penitentes que la invocan; no puede, ni por un instante, detener sus oraciones antes su divino Hijo, hasta que, como una tiernísima madre, los sienta plenamente y perfectamente reconciliados con Él. Y no creáis que la gloria eminentísima de la que ahora está revestida a la derecha de su Hijo, pueda apartarla de su oficio de bondad, como tampoco la gloria y la dignidad incomparable de la que está revestido su divino Hijo impide a su humanidad santa intervenir sin cesar por nosotros, hasta que, en el tiempo señalado, hayamos obtenido el perdón y la gracia, para que nosotros queramos buscar la gracia que nos llama, y conservarla una vez que la hayamos recibido.

¹⁸ Cf. *Sermon pour la Toussaint. Ibid.*, 580-581.

Y ahora, pues, después de haber rechazado la ceguera diabólica, abrid los ojos de vuestro espíritu y ved cómo este ángel de tinieblas y de malicia se esfuerza por apartaros del amor y de la devoción hacia esta madre de misericordia. Este desgraciado sabe bien que es ella quien lo ha aplastado y que todos los días todavía le aplasta la cabeza; sabe bien que nadie de los que siguen invocándola piadosamente y que son fieles a su culto perecerán»¹⁹.

Además de Cristo, también María es nuestra abogada e intercesora, y también nuestra madre y nuestra reconciliadora. María es un regalo de la extrema bondad del Padre del cielo, a quien debemos estar agradecidos. Así como el Hijo aboga e intercede por nosotros mostrándole al Padre su costado abierto por la lanza del soldado y las heridas de su pasión, así también María le muestra a su Hijo su corazón y su seno. Con tantas y tan grandes muestras de amor no cabe temer el rechazo o el fracaso en el ámbito de la salvación. Por respeto a sí mismo, el Padre del cielo no sabría negar nada ni a su Hijo ni a la Madre de su Hijo, como se afirma en el siguiente texto:

«[...] dad gracias a la extrema bondad del Padre celeste que, no solamente os ha dado como abogado e intercesor a su único Hijo, sino que ha querido que la Madre infinitamente tierna de este Hijo fuera también vuestra madre, vuestra abogada, e incluso vuestra reconciliadora. La Madre muestra a su Hijo su corazón y su seno; el Hijo muestra a su Padre su costado y sus heridas. ¿Dónde veis que puede haber lugar para un rechazo o un fracaso, cuando se nos han dado tan numerosas y tan grandes muestras de amor? Por reverencia hacia sí mismo el Padre no puede negar nada al Hijo y a la Madre»²⁰.

Inspirándose en san Bernardo, el autor de esta obra habla de la misericordia de María como la virtud que en ella más nos alegra, y como aquella que invocamos con mayor frecuencia:

«Esto es lo que ha hecho decir a un ferviente amigo de esta Virgen incomparable: “En todas vuestras necesidades, levantad vuestros ojos hacia esta estrella resplandeciente del mar. Invocad a María y no desesperaréis jamás: seguid a María y no os extraviaréis. Si ella os sostiene, no caeréis; si ella os protege, no os debilitaréis; si ella os conduce, alcanzaréis la meta”.

¹⁹ J. TAULER, *Des dix aveuglements*, en J. TAULER, *Oeuvres complètes*, t. VII, Paris 1912, 433-434.

²⁰ *Ibid.*, 434

Oh dulcísima y por siempre bendita Madre de misericordia, que no proclame tus bondades quien se acuerde de haber sido abandonado después de haberte invocado en sus necesidades. En cuanto a nosotros, tus humildes servidores, nos alegramos sin duda de todas tus demás virtudes, pero la que sobre todo nos llena de alegría es tu misericordia. Alabamos tu virginidad, nos admiramos de tu humildad; pero descansamos con amor en tu misericordia; nos gusta acordarnos de ella; ella es la que invocamos con más frecuencia. En efecto, tú velas sobre el desgraciado y no lo abandonas antes de verlo reconciliado con el soberano Juez. Oh grande, oh piadosa, o amabilísima María, no podemos pronunciar tu nombre sin sentirnos inflamados; no se puede pensar en ti sin que los sentimientos de todos los que te aman se exalten»²¹.

Por muy pecadores que seamos –nos dice el autor de este escrito–, podemos experimentar ya en esta vida la misericordia de María, así como su dulzura, su benevolencia, su familiaridad, su alegría, su amistad y caridad inefables:

«...esta Virgen Madre, toda bella, toda resplandeciente, se muestra a todos sus siervos, a todos sus amigos, a todos sus devotos con una dulzura, una benevolencia, una familiaridad, una alegría, una amistad, una caridad inefables. ¿Qué digo yo? jamás pudo venir al pensamiento ni al deseo de nadie en este mundo, encontrar tanta condescendencia de parte de aquella que es verdaderamente nuestra hermana y la más tierna de las madres. En esta tierra de exilio podemos ya tener en parte la experiencia de esto. ¿Acaso no se muestra buena, dulce, benevolente y misericordiosa hacia todos los indignos e impuros pecadores que la invocan?

¡Lástima!, ¡cuántos males, cuántos graves prejuicios se atraen los pobres mortales por ignorancia, negligencia, desprecio de tan gran bondad y de una misericordia inagotable sin cesar ofrecidas a los pecadores por la madre de toda gracia! Por el contrario, ¿qué afecto, qué devoción, qué alegría, que gracia no nacen de la contemplación fiel de esta ternura? No, en efecto, sólo quien tiene la experiencia puede saber con qué compasión, qué benevolencia, qué dulzura, qué amabilidad, esta Virgen soberana del mundo, se comporta con los humildes pecadores, los penitente y piadosos amigos de su divino Hijo y de ella misma»²².

²¹ *Ibid.*, 435.

²² *Ibid.*, 436-437.

La acción de María en sus siervos consiste en prepararlos para que se conviertan en digna morada de Cristo y de su Espíritu, y en presentar a Dios sus oraciones y sacrificios, especialmente las oraciones dirigidas a ella; se ocupa, además, de sus intereses, y sostiene sus peticiones ante la Trinidad, y los protege de los principales enemigos que amenazan su salvación. Pero su acción no termina en esta vida, sino que en el mundo futuro los rodeará de gloria:

«Ella enriquece y colma de sus dones y de sus favores a sus siervos, para que se conviertan en la digna morada de su divino Hijo y del Espíritu Santo. Ella presenta a la majestad divina las oraciones y los sacrificios de sus siervos, sobre todo las oraciones que le dirigen a ella: ¿no es acaso nuestra abogada ante su Hijo, como el Hijo es nuestro abogado ante el Padre? Eso no es suficiente, ella se ocupa de nuestros intereses y sostiene nuestras peticiones ante el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. No es extraño que los que deben ser condenados por la justicia del Hijo sean liberados por la misericordia de la Madre. Del mismo modo que ella es el tesoro del Señor, es también el tesoro de las gracias divinas.

Ella colma de sus dones espirituales a los que la sirven, pero, en particular, los protege contra tres enemigos: el mundo, la carne y el demonio. Nuestra salvación está, en efecto, entre sus manos. Ante su divino Hijo, ella es la soberana de toda criatura y, en el mundo futuro, ella rodeará de gloria a los que le sirvieron y honraron en esta tierra»²³.

Esta acción maternal y misericordiosa se extiende a todos los hombres sin excepción:

«La bienaventurada Virgen María, nuestra soberana, por ser la reina de todos y también la patrona y la abogada de todos, cuida de todos los hombres. Ilumina y atrae por los rayos de su misericordia a los que están más alejados, llena de la suavidad de sus consuelos a los que se le acercan con una especial devoción, rodea finalmente de la excelencia de la gloria a los que están presentes en la patria. Y es así como no hay nadie que escape a su benéfico calor (Sal 18), es decir, a su amor»²⁴.

En el mismo siglo XIV escribe también *santa Catalina de Siena* (1347-1380). Esta santa dominica tenía la costumbre de encabezar sus cartas con

²³ *Ibid.*, 437-438.

²⁴ *Ibid.*, 438.

la frase: «En el nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María». En la carta que dirige a la abadesa del monasterio de Santa María de Siena y a Sor Nicolasa, monja del mismo monasterio (invierno de 1367-1374), hablando de la pasión de Cristo alude al amor misericordioso de María en los siguientes términos:

«María, pues, como árbol de misericordia, recibe en sí el alma consumada de su Hijo que es herida con el cuchillo del odio y del amor al Padre, como árbol que tiene en sí el injerto. Tanto ha crecido el odio y el amor en la Madre y en el Hijo, que éste corrió a la muerte por el gran deseo que tuvo de darnos la vida. Tan grandes son su hambre y su deseo de obedecer al Padre, que ha perdido el amor a sí mismo y corre a la cruz. Lo mismo hace aquella dulcísima y queridísima Madre, ya que de buen grado pierde el amor [natural] al Hijo: no obra como una madre que lo aparta de la muerte sino que quiere ser escalera [para llegar a la cruz] y desea que muera. No es de extrañar, porque se halla herida por la saeta del amor de nuestra salvación»²⁵.

En la carta dirigida al Prior y Hermanos de la Compañía de la Virgen María (marzo de 1378) llama a María «nuestra abogada, Madre de gracia y de misericordia», y «dulcísima Madre»:

«Debéis está unidos en todo: por haber sido creados por Dios, redimidos por la misma sangre y, además, por la santa y dulce sociedad que habéis formado bajo el nombre de María, que es nuestra abogada, Madre de gracia y de misericordia. No es ella desagradecida, sino generosa con quien le sirve. Es el instrumento, concretamente un carro de fuego, que al concebir en sí al Verbo, al unigénito Hijo de Dios, trajo y proporcionó el fuego del amor. Servidla, pues, con todo el corazón y afecto, ya que es vuestra dulcísima Madre»²⁶.

A un seglar casado y con hijos le escribe diciéndole, entre otras cosas: «os pido que si no lo recitáis [el Oficio divino], digáis diariamente el

²⁵ J. SALVADOR Y CONDE, *Epistolario de Santa Catalina de Siena. Espíritu y Doctrina I*, San Esteban, Salamanca 1982, 300.

²⁶ *Ibid.*, *Epistolario II. Cartas 169-381*, 700.

oficio de la Virgen para que ella sea vuestro refrigerio y vuestra abogada ante Dios»²⁷.

A una prostituta le escribe para que se aparte de su vida de pecado diciéndole entre otras muchas cosas: «No te parezca dificultoso. Acude a la dulce María, que es Madre de piedad y misericordia. Ella te llevará ante la presencia de su Hijo mostrándole en favor tuyo los pechos que le dieron leche, inclinándole a hacerte misericordia»²⁸.

Al conde Alberigo de Balbiano, Capitán general de la Compañía de San Jorge y a otros jefes les anima a ponerse al servicio del papa Urbano VI (6 de mayo de 1379), diciéndoles que acudan a María como abogada y defensora, como madre de gracia y de misericordia con los pecadores:

«Estad siempre atento a que no haya traición ni interior ni exterior; y como difícilmente nos podemos guardar, quiero que siempre vos y los demás, lo primero que hagáis por la mañana y por la tarde sea ofreceros a la dulce Madre María, pidiéndole que sea vuestra abogada y defensora y que, por el dulce y amoroso Verbo, que ella llevó en su seno, no permita que se nos engañe sino que nos lo manifieste para no perecer en emboscada alguna. Estoy segura de que, cumpliendo con este santo principio y ofrecimiento, ella aceptaría gustosa vuestra petición como madre de gracia y de misericordia con los pecadores»²⁹.

En su obra *El Diálogo* el Padre eterno habla diciendo que cualquier justo o pecador que tenga la debida reverencia a la Virgen María, no será arrebatado ni devorado por el demonio infernal. «María es —sigue diciendo el Padre— como el cebo puesto por mi bondad para rescatar a las criaturas racionales»³⁰.

En la oración compuesta el 25 de marzo de 1379, fiesta de la Anunciación, día en que Catalina cumplía 32 años, se dirige a María como la que ofrece misericordia y como aquella a la que Dios no le niega nada³¹.

²⁷ *Ibíd.*, 900.

²⁸ *Ibíd.*, 959.

²⁹ *Ibíd.*, 1181.

³⁰ *Obras de Santa Catalina de Siena. El Diálogo. Oraciones y Soliloquios*, BAC, Madrid 1980, 345.

³¹ *Ibíd.*, 475 y 478.

En el siglo XIV y XV *Jean Gerson* (1363-1429), filósofo, teólogo, humanista, apóstol y hombre contemplativo, que vivió el drama del cisma de la Iglesia, habló de María situándola en el contexto de la historia de la salvación y enseñando y viviendo hondamente la verdadera devoción hacia ella. Esta última formó parte de su profunda vida espiritual. Su propia vida y su enseñanza estuvieron caracterizadas por tratar de unir la teología más exigente con la vida espiritual plenamente realizada en la contemplación. En su célebre discurso *Tota pulchra es* (8 de diciembre de 1401), defendió el privilegio mariano de la inmaculada concepción. Posteriormente, en un discurso de Pentecostés, comparó el concilio de Constanza, en el que trabajó con gran celo, con la primera asamblea en la que los apóstoles estaban reunidos en el cenáculo en Jerusalén, e invocó a María como presente realmente en el concilio, juntamente con su Hijo y el Espíritu Santo, con una presencia de misericordia, de mediación y de influjo:

«Se han reunido aquí... ¿y por qué no con María, la Madre de Jesús? Ella está presente aquí, donde se encuentra su Hijo, nuestro Emmanuel, como ha afirmado él mismo, y donde su Espíritu está en medio. Ella está ciertamente aquí, tal vez no físicamente, aunque el cuerpo glorioso por el don de la ligereza puede obrar invisiblemente; Ella está presente con su influjo espiritual sobre nosotros y con la mirada, volviendo sus ojos de misericordia hacia nosotros. A Ella suspiramos, gimiendo en este valle de lágrimas, implorando la venida del Espíritu Santo a nosotros y sobre nosotros hoy, por su mediación, o Virgen misericordiosísima, que el Espíritu Santo ha colmado no solo de modo suficiente o excelente, sino por una difusión (*redundantia*) abundantísima y fontal...»³²

En el siguiente texto alude también a la misericordia de María:

«Ahora deseamos fijar nuestra mirada sobre tu contemplación (oh María), nosotros, los hambrientos nos dirigimos a Ti, que conociste en el pasado esta hambre; a Ti que eres pobre en el Espíritu y humilde esclava de Cristo... en el nombre de tu misericordia, enséñanos qué bien, qué grandeza contemplaba tu espíritu cuando, después de los dones singulares que te fueron concedidos, cantaste por todos: “El Señor ha colmado de bienes a los hambrientos”»³³.

³² Tomamos este texto de TH. KOCHLER, *Maria nella storia della devozione cristiana dal sec. XIII al sec. XVII (1650)*. *Storia della Mariologia*, Centro Mariano Cheminade, Verbania-Pallanza, sin fecha, 77-78.

³³ *Ibid.*, 78.

En el siglo de oro español contamos con la gran mística *santa Teresa de Jesús* (1515-1580). Según la conclusión a la que llega Marie-Joseph Huquenin en su estudio, la santa no emplea ni una sola vez la palabra «misericordia» para referirse a las obras de misericordia humanas, quizás porque pensaba que este término sólo puede usarse con propiedad en el caso de las obras de Dios. Tomado en toda su amplitud, este término engloba para la santa cinco realidades: 1) la misericordia de Dios; 2) lo que Dios es; 3) lo que el hombre es –es decir, en su propia fragilidad o miseria es donde mejor resplandece la misericordia divina o, dicho de otro modo, la misericordia divina revela al hombre su dignidad y pone de relieve su dependencia–; 4) lo que Dios hace del hombre; 5) lo que Dios hace por el hombre. Según la santa, las obras de misericordia de la Virgen María, de los santos o de cualquier otra persona no son más que una forma de difusión de la misericordia divina. Es probable que por ese motivo sólo hable explícitamente de la misericordia de Dios³⁴.

No obstante, podemos explorar otro camino para descubrir su experiencia personal de la misericordia de la Virgen en su vida como es el de la maternidad de María. Teresa cuenta que desde que tenía la edad de 6 o 7 años su madre cuidó de que fuera muy devota de la Virgen. Cuando murió su madre se acogió a la maternidad de la Virgen: «Acuérdome que, cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas» (*Vida* 1,7). Siempre se sintió «tomada» y acompañada por la Virgen³⁵. La Virgen María se hizo presente en muchas de las gracias místicas que la santa recibió³⁶. Reconoció expresamente la labor de María como intercesora y abogada: «El alma que reconoce sus fragilidades se hace devota de la Reina del cielo, para que aplaque la Divina Justicia» (*Vida* 19,6). Como otros muchos autores, santa Teresa entiende que María intercede constantemente por los hombres, especialmente por los pecadores. Para santa Teresa el título de María más importante es el de «madre», aunque no es el más utilizado por ella³⁷.

³⁴ Cf. *Expérience de la miséricorde divine chez Thérèse d'Avila. Essai de synthèse doctrinale*, Éditions Universitaires Fribourg Suisse, Éditions du Cerf 1993, 269-274.

³⁵ Cf. MAURICIO MARTÍN DEL BLANCO, «Santa Teresa de Jesús es hija de la Virgen María en vida, experiencia mística y doctrina»: *Monte Carmelo* 115 (2007) 227.

³⁶ Cf. ID., «María Santísima», en TOMÁS ÁLVAREZ, *Diccionario de santa Teresa*, Monte Carmelo, Burgos 2006, 423.

³⁷ *Ibid.*, 422. El título más utilizado por Teresa en sus obras es el de «Señora» (unas 66 veces), luego viene el de «Virgen» (unas 40 veces), a continuación el de «madre» (unas 25

En el siglo XIX, san Gabriel de la Dolorosa (1838-1862) escribió su *Símbolo o Credo mariano* (1860-1861) con el fin de cumplir su voto de difundir la devoción de los dolores de la Virgen María. En este escrito el atributo de María que más exalta es el de la misericordia³⁸. Recoge varios textos de autores patrísticos, escolásticos y místicos anteriores que hablan de la misericordia de la Virgen, que nos recuerdan a los textos citados ya por san Alfonso María de Ligorio en su obra *Las glorias de María*.

A finales del siglo XIX *santa Teresa de Lisieux* (1873-1897) explora también la vía de la misericordia divina. Su última poesía, titulada «Por qué te amo, ¡oh María!»³⁹, es una síntesis de todo su pensamiento mariano; en ella resalta sobre todo su experiencia filial. El dulce nombre de María hacía que su corazón saltara de gozo. En esta poesía declara que para que una hija pueda querer a su madre es necesario que ésta sepa llorar, compartir sus penas y dolores con ella. Eso es precisamente lo que entiende que ha hecho María con ella:

«¡Oh dulce Reina mía,
cuántas y amargas lágrimas lloraste en el desierto
para ganar mi corazón, oh Reina!»⁴⁰

A Teresa no le cuesta creerse hija de María al verla morir y sufrir como ella. El compartir la misma condición, también la muerte y el dolor, posibilita esta experiencia filial.

Teresa ve en la visitación de María a Isabel el modelo para aprender a practicar la caridad ardiente.

En el corazón de María descubre los abismos del amor:

«Vivir contigo quiero, Madre amada,
seguirte en el destierro día a día.
En tu contemplación yo me hundo absorta,
y de tu inmenso corazón descubro

veces). También se refiere a ella con otros títulos como los de «Patrona» (8 veces), «reina de los ángeles» (3 veces), «reina del cielo» (una vez) y «Priora» (una vez). Cf. *Ibid.*

³⁸ Cf. ANTONIO MARÍA ARTOLA ARBIZA, *Mística y sistemática en la Mariología* (Facultad de Teología Redemptoris Mater, La Punta-Callao 2010) 38.41.50-51.

³⁹ TERESA DE LISIEUX, *Obras completas* (Monte Carmelo, Burgos 1980) 799-806.

⁴⁰ *Ibid.*, 799.

los abismos del amor.
 Tu maternal mirada desvanece mis miedos,
 y me enseña a llorar, y me enseña a reír»⁴¹.

María es para Teresa la más tierna de las madres. Pensando en la alegría de María por el hecho de que su Hijo Jesús haga comprender a los pecadores que pueden pertenecer a su familia más íntima, o de que les dé el tesoro de su vida, «el tesoro infinito de su divinidad», Teresa se pregunta:

«¿Cómo no amarte y bendecirte, viendo
 cuán generosa eres con nosotros?»⁴²

Y continúa hablando del amor de María, asemejándolo al de Jesús:

«Nos amas, en verdad, como Jesús nos ama,
 para nosotros aceptas verte alejada de él.
 Amar es darlo todo, darse, incluso, a sí mismo:
 quisiste demostrarlo quedando con nosotros
 como fuerte y visible ayuda nuestra.
 ¡Conocía Jesús tus íntimos secretos
 y la inmensa ternura
 de tu divino corazón de madre!...
 Te nos dejó a nosotros,
 como refugio fiel de pecadores,
 cuando, para esperarnos en el cielo,
 abandonó la cruz»⁴³.

Esta poesía concluye reiterando su conciencia de ser hija de María:

«No temo el resplandor de tu gloria suprema,
 he sufrido contigo...,
 y ahora quiero
cantar en tus rodillas, Virgen, por qué te amo...,
 ¡y repetir por siempre y para siempre
que yo soy hija tuya!»⁴⁴

⁴¹ *Ibíd.*, 803.

⁴² *Ibíd.*, 804.

⁴³ *Ibíd.*, 804-805.

⁴⁴ *Ibíd.*, 806.

Teresa de Lisieux con su propia experiencia reflejada en sus escritos contribuyó a poner de relieve la misericordia de Dios, fuente de la misericordia de María.

En las primeras décadas del siglo XX, el dominico *Juan González Arintero* (1860-1928) renovó los estudios místicos en España. Los últimos años de su vida los dedicó a propagar la devoción al Amor Misericordioso, aunque él personalmente no escribió nada al respecto, sin embargo entendía que coincidía con la doctrina contenida en sus libros, con la ventaja de ser más accesible a la gente sencilla. Esta devoción iba acompañada de la devoción a María Mediadora, devoción que estaba al servicio de la anterior⁴⁵.

Casi por los mismos años *san Rafael Arnáiz*, antes de entrar en la Trapa de Venta de Baños, y después de haberse encomendado al cuidado de la Virgen María, se creía firmemente protegido por ella. En una carta dirigida a su tío Leopoldo le dice que todos llevamos dentro algo que sólo María puede comprender y consolar; ese algo es nuestro ser creaturas, es la necesidad humana, el cariño y a veces el dolor. Dios puso en nosotros ese algo que ninguna criatura puede llenar para que busquemos a María. Ella es la que mejor nos puede comprender, ayudar, consolar y fortalecer. Nadie mejor que ella puede ser refugio de nuestros pecados y miserias. Ella es toda dulzura, toda paz; ella suaviza las amarguras del hombre sobre la tierra, poniendo una nota tan dulce de esperanza en el pecador y en el afligido; ella es madre de los que lloran⁴⁶; cuando acudimos a ella las lágrimas se convierten en risa y la amargura en santa alegría⁴⁷.

2. LA MISERICORDIA DE MARÍA EN LOS ESCRITOS DE SAN BERNARDO DE CLARAVAL (1090-1153)

Existen numerosos estudios⁴⁸ sobre la mariología de san Bernardo. Aquí nos vamos a centrar en los textos de sus obras que hablan expresamente de la misericordia de María. También en este tema mariológico ejerció una gran influencia, siendo el autor más citado al respecto.

⁴⁵ Un estudio detallado de la mariología de Arintero nos lo proporciona V. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, *María en la espiritualidad del Padre Juan González Arintero, O.P.*, Madrid 2007.

⁴⁶ Cf. RAFAEL ARNÁIZ BARÓN, *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 42002, 752-754.

⁴⁷ Cf. *Ibid.*, p. 318.

⁴⁸ Remitimos al número de *Estudios Marianos* 14 (1954), dedicado expresamente al estudio de la mariología de san Bernardo. El número se abre con un artículo de Narciso García

Según nos dice san Bernardo, María se hizo solidaria de Eva por su colaboración en el misterio de la redención. Esta solidaridad le lleva a Doctor melifluido a decirle a Eva: «Corre, pues, Eva, hacia María; corre, madre, hacia tu hija. Ella responde de ti y quita la mancha de su madre. Se hace solidaria de su madre ante el Padre. Mira: es cierto que el hombre cayó por la mujer. Pero tampoco podrá levantarse sino por la mujer»⁴⁹. A Adán le dice que no diga: «La mujer que me diste por compañera me alargó el fruto y comí»; esas palabras son necedades que sólo sirven para agravar su culpa y en nada le justifican. Ahora Dios le devuelve una mujer por otra, «una mujer sensata por una necia, una mujer humilde por otra soberbia». Y continúa diciendo: «Ella te dará a gustar la vida en vez del fruto de la muerte; engendrará la dulzura del fruto eterno y no el bocado emponzoñado de la amargura»⁵⁰.

Bernardo saluda a María como el camino real que recorrió el Salvador hasta nosotros, como «madre de la vida» y de la salvación, como «Señora mediadora y abogada nuestra», y como la que alumbró a la misericordia, es decir, al Salvador del mundo:

«Llévanos a tu Hijo, dichosa y agraciada, madre de la vida y madre de la salvación. Por ti nos acoja el que por ti se entregó a nosotros. Tu integridad excuse en su presencia la culpa de nuestra corrupción. Y que tu humildad, tan agradable a Dios, obtenga el perdón de nuestra vanidad. Que tu incalculable caridad sepulte el número incontable de nuestros pecados y que tu fecundidad gloriosa nos otorgue la fecundidad de las buenas obras. Señora mediadora y abogada nuestra, reconcílianos con tu Hijo. Recomiéndanos y preséntanos a tu Hijo. Por la gracia que recibiste, por el privilegio que mereciste y la misericordia que alumbraste, consíguenos que aquel que por ti se dignó participar de nuestra debilidad y miseria, comparta con nosotros, por tu intercesión, su gloria y felicidad. Cristo Jesús, Señor nuestro, que es bendito sobre todas las cosas y por siempre»⁵¹.

Garcés, titulado: «El Corazón de María, visto por san Bernardo», 13-36, tema que tiene una cierta afinidad con el nuestro.

⁴⁹ SAN BERNARDO, *Sermón II. En alabanza de la Virgen Madre*, en SAN BERNARDO, *Obras completas de San Bernardo. II Tratados (2º)*, Edición preparada por los monjes cistercienses de España, BAC, Madrid 1984, 617.

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ ID., *Sermón segundo. En el Adviento del Señor*, en ID., *Obras completas de San Bernardo. III Sermones litúrgicos (1º)*, Edición preparada por los monjes cistercienses de España, BAC, Madrid 1985, 77. La denominación de «madre de misericordia» y de «mediadora» la encontramos en otros textos, como por ejemplo el siguiente: «Ahora, Madre de misericordia, la luna

Comentando el pasaje evangélico de las bodas de Caná, pasaje que pone de relieve la atención y la solicitud de María ante las necesidades de las personas que le rodean —que es lo propio de una persona misericordiosa—, san Bernardo denomina a la Virgen «la llena de misericordia y de bondad». Pero deja claro que esa misericordia de María tiene su fuente en Cristo, misericordia de Dios hecha carne, que reposó durante nueve meses en el vientre de María. Pero no fue el contacto físico lo que hizo a María misericordiosa, sino el contacto espiritual, que permaneció aún después de dar a luz a Cristo. Así se dice bellamente en el siguiente texto:

«Se apiadó del sonrojo de los anfitriones la llena de misericordia y de bondad. ¿Qué va a brotar del manantial de la clemencia más que clemencia? ¿Qué hay de extraño si las entrañas de clemencia manifiestan clemencia? Si alguien tiene en su mano una manzana durante medio día, ¿no va a quedarle en lo restante del día el aroma de la manzana? ¿Cómo quedaría

se postra a tus pies, confiada en los sentimientos más puros de tu alma. A ti te dirige sus fervientes plegarias, como mediadora que eres ante el Sol de justicia. Con tu luz quiere llegar a la luz; con tu intercesión desea alcanzar la gracia del Sol. Porque te ha amado más que a ninguna criatura, te ha embellecido con las más preciosas galas de gloria, y ha puesto en tu cabeza la más hermosa corona». *Sermón del Domingo dentro de la octava de la Asunción*, en ID., *Obras completas de San Bernardo. IV Sermones litúrgicos (2º)*, Edición preparada por los monjes cistercienses de España (BAC, Madrid 1986) 415. En el *Sermón en el nacimiento de Santa María* habla de la Virgen como «abogada» de los hombres ante el Padre: «Cuando temías acercarte al Padre y, aterrado con solo oír su voz, te escondías entre el follaje, él te dio a Jesús por mediador. ¿Qué no conseguirá tal Hijo de tal Padre? Le escuchará siempre por su gran respeto: *el Padre ama al Hijo*; pero ¿recelas acaso acercarte a él? Es tu hermano, y tan humano como tú; tiene experiencia de todo, a excepción del pecado, *para ser compasivo*. Ese hermano te lo dio María. Pero quizás te sobrecoge su majestad divina, porque aunque es hombre sigue siendo Dios. ¿Quieres contar con un abogado ante él? Recurre a María. María es la humanidad totalmente pura, no sólo por carecer de toda mancha, sino por tener una sola naturaleza. Y no tengo la menor duda en afirmar que también será escuchada por su reverencia. El Hijo atenderá a la Madre, y el Padre al Hijo». *Ibid.*, 425 y 427. En el mismo *Sermón*, María es considerada también como «nuestro acueducto», que está conectada a la fuente, gracias a su oración y a su integridad, y nos trae o acerca hasta nosotros a Dios. *Ibid.*, 427. Y vuelve más adelante sobre la misma imagen del acueducto en los siguientes términos: «Pero todo lo que pienses ofrecer no olvides encomendarlo a María, para que la gracia vuelva al dador de la gracia por el mismo cauce por donde fluyó. Dios, sin duda alguna, pudo haber derramado esta gracia sin valerse de este acueducto; pero quiso ofrecerte este conducto. Acaso tienes las manos llenas aún de sangre o manchadas de dádivas y sobornos. Esa pequeñez que quieres ofrecer procura depositarla en esas manos tan divinas y tan dignas de todo aprecio, y no serás rechazado. Son dos azucenas hermosísimas; y el enamorado de las azucenas no se quejará de no haber hallado como entre azucenas todo lo que encuentre en las manos de María». *Ibid.*, 441.

impresa esa virtud de la clemencia en aquellas entrañas donde reposó durante nueve meses? Pues llenó el alma antes que el vientre; y aunque salió del seno, no por eso se separó del alma»⁵².

En otro *Sermón* también sobre las bodas de Caná, Bernardo actualiza la actitud de «la Madre de misericordia». En todos los tiempos María sigue interesándose por las bodas que se celebran a lo largo de la historia entre Cristo y la humanidad, y que le tocan más de cerca que aquellas otras de las que habla el relato evangélico; pero para que nuestra necesidad sea atendida, Bernardo pone como condición que invoquemos a María con fervor; no se alude en este caso a la actitud de María de adelantarse a nuestro ruego:

«La plenitud y la saciedad pertenecen a la cena eterna. Aquí de vez en cuando falta vino, esto es, la gracia de la devoción y el fervor del amor. Y ¡cuántas veces, hermanos, después de oír vuestros lamentos, necesito implorar a la Madre de misericordia para que recuerde a su afable Hijo que os falta vino! Ella, os lo confieso, carísimos, nunca desatenderá nuestra necesidad, si la suplicamos con devoción, porque es compasiva y madre de misericordia. Y se compadeció del bochorno de los anfitriones, se compadecerá aún más de nosotros cuando la invocamos con fervor. A ella le agradan nuestras bodas; le conciernen más que esas otras, pues el Esposo celestial salió de su seno, como de la alcoba»⁵³.

En el primer *Sermón en la fiesta de la Asunción de Santa María*, san Bernardo habla de la Virgen como «nuestra abogada» y «madre de Misericordia». Negociará nuestra salvación porque, por ser la Madre del Hijo único de Dios, su poder y su ternura son ilimitados. Esta pareja de términos «poder y ternura», «poder y misericordia» es inseparable, aunque no siempre se aluda a ella. Pero se entiende que la práctica de la misericordia lleva aparejado el poder necesario para sacarnos de nuestras miserias. Aquí lo que interesa sobre todo es llegar a alcanzar nuestra salvación:

⁵² ID., *Sermón primero. Domingo después de la octava de Epifanía*, en ID., *Obras completas de San Bernardo. III Sermones litúrgicos (1º)*, 323.

⁵³ *Ibid.*, p. 333. Refiriéndose a las bodas de Caná en el *Sermón del Domingo dentro de la octava de la Asunción*, san Bernardo dice que María «sintió como propio el compromiso de los otros, y no pudo callar o disimular la falta de vino». Cf. ID., *Obras completas de San Bernardo. IV Sermones litúrgicos (2º)*, 409.

«Los peregrinos hemos enviado por delante a nuestra abogada; es la madre del Juez y madre de Misericordia. Negociará con humildad y eficacia nuestra salvación [...]. Encumbrada a las alturas, la Virgen santa prodigará sus dones a los hombres.

¿Y cómo no lo va a hacer? Lo puede y lo quiere. Es la Reina del cielo, es misericordiosa. Y, sobre todo, es la Madre del Hijo único de Dios. Esto es lo que nos convence de que su poder y ternura son ilimitados; ¿y vamos a poner en duda el honor que el Hijo de Dios tributa a su Madre? ¿No se quedaron impregnadas de amor las entrañas de María al reposar en ellas corporalmente, durante nueve meses, Dios que es Amor?»⁵⁴

En el *Sermón* segundo en la Asunción de Santa María, san Bernardo —como en otros textos— afirma que la Virgen es «nuestra mediadora» de la misericordia porque por ella nos viene la misericordia de Dios, y también el mismo Cristo: «¡Lleguen a nosotros sus aromas de gracia! ¡Que todos participemos de su plenitud! Es nuestra mediadora; por ella nos viene, oh Dios, tu misericordia; por ella acogemos también nosotros al Señor Jesús en nuestra propia casa. Porque cada uno tiene nuestra casa y nuestro castillo»⁵⁵.

San Bernardo aplica las cuatro dimensiones del ágape de Cristo, que menciona la carta a los Efesios 3, 18 —anchura, longitud, largura y altura—, a la misericordia de la Virgen para expresar su grandeza o su carácter, en cierto modo, ilimitado. A esta misericordia le atribuye también el haber conseguido la renovación del mundo entero y la salvación universal:

«No hable de tu misericordia, oh Virgen incomparable, quienquiera que, habiéndote invocado en sus necesidades, recuerde que no le has socorrido. Nosotros, siervcillos tuyos, te felicitamos por las demás virtudes; pero en ésta nos miramos en la humildad. Pero la misericordia sabe más dulce a los miserables, la abrazamos con más cariño y recurrimos a ella sin cesar. Ella consiguió la renovación del mundo entero y la salvación universal. Se preocupó del linaje humano, pues se dijo: *Tranquilízate, María, que Dios te ha concedido su favor*; ese favor que buscabas.

¿Quién es capaz de comprender, oh Virgen bendita, la anchura y largura, la altura y profundidad de tu misericordia? Su largura cubre durante toda la vida a cuantos la invocan. Su anchura llena el mundo entero, y a toda

⁵⁴ ID., *Sermón primero. En la Asunción de Santa María*, en ID., *Obras completas de San Bernardo. IV Sermones litúrgicos (2º)*, *Ibid.*, 337 y 339.

⁵⁵ ID., *Sermón segundo. En la Asunción de Santa María*, en *Ibid.*, 343.

la tierra llaga su misericordia. Su altura es tal que logró restaurar la ciudad celeste; y su profundidad obtuvo la redención a los que vivían en tinieblas y en sombra de muerte. Por ti se llenó el cielo, se vació el infierno, se restauraron las ruinas de la Jerusalén celestial, y los miserables recuperaron la vida que habían perdido. Es un amor tan poderoso y tan compasivo que se desborda en sentimientos de piedad y en gestos de socorro, de una manera ilimitada.

Corra, pues, nuestra alma sedienta a esta fuente caudalosa; que nuestra miseria recurra insistentemente a este cúmulo de misericordia. Estos son, Virgen bendita, los votos que te dirigimos al subir junto a tu Hijo, y te acompañamos, al menos de lejos. Que tu bondad manifieste al mundo la gracia que Dios te ha concedido: suplica y consigue perdón para los pecadores, alivio para los afligidos, apoyo y libertad para los que se hallan en peligro. Y en este día de fiesta y alegría, todos los siervos que te invocan y alaban el dulcísimo nombre de María, reciban por ti, Reina clementísima, los dones de la gracia de Jesucristo tu Hijo, nuestro Señor, *que es el Dios Soberano, bendito por siempre*⁵⁶.

En el *Sermón del domingo dentro de la octava de la Asunción*, san Bernardo comienza recordando el gran perjuicio causado a la humanidad por un hombre y una mujer (Adán y Eva), con el fin de introducir el paralelismo con la acción benéfica llevada a cabo por otro hombre y otra mujer (Cristo y María). Aunque no se trata de un paralelismo simétrico, pues «no hay proporción entre el delito y la gracia»⁵⁷.

San Bernardo es consciente de que Cristo nos podría bastar, y de que en la actualidad de él nos viene nuestra actitud; sin embargo, «era mucho mejor para nosotros que el hombre no estuviera solo», y era también «mucho más normal que si ambos sexos influyeron en la caída, ambos cooperaran en la reparación». También es consciente de que Cristo, en su humanidad, es un fiel y poderoso mediador entre Dios y los hombres; pero su majestad divina «puede atemorizarnos». Y aunque se ensalza su misericordia, también se ensalza su justicia. Con este razonamiento se introduce la acción de María en la obra de nuestra reconciliación. Su presencia no es superflua. Para no quedar atemorizado por la justicia de Cristo, en la obra de la reconciliación necesitamos un mediador para ir al Cristo Mediador. Y nadie mejor que María puede llevar a cabo esta obra. Si por Eva la antigua serpiente inoculó en el varón un veneno mortal, María nos facilitó el con-

⁵⁶ ID., *Sermón cuarto. En la Asunción de Santa María*, en *Ibid.*, 371 y 373.

⁵⁷ *Ibid.*, *Sermones en diversas festividades del tiempo ordinario. En la Asunción de María*, en *Ibid.*, 395.

traveneno de la salud tanto a hombres como a mujeres. Si Eva fue cómplice del engaño, María lo es del perdón; si aquella incitó a la rebelión, ésta aceleró la redención⁵⁸. El conjunto de esta argumentación ejerció un gran influjo en los autores posteriores.

Como san Pablo, también María, en su gran misericordia, se hizo todo para todos:

«¿Cómo va a temblar nuestra debilidad al acercarse a María? En ella no hay nada severo, nada amenazador. Es todo suavidad, ofrece a todos leche y lana. Repasa atentamente todo el Evangelio, y si hallas en María una palabra de reproche, una palabra dura, o el menor gesto de indignación, en ese caso desconfía de ella. Pero si, como te va a ocurrir, compruebas que todas las actitudes rebosan bondad y gracia, mansedumbre y misericordia, da gracias a la Providencia por habernos proporcionado en su infinita bondad una mediadora en la que no hay nada que provoque temor. Ella se hizo toda para todos; en su inagotable caridad se hizo deudora de todos, prudentes e insensatos. A todos abre el seno de su misericordia, para que todos reciban de su plenitud: el cautivo la libertad, el enfermo la curación, el afligido el consuelo, el pecador el perdón, el justo la gracia, el ángel la alegría; en fin, la Trinidad entera la gloria, y el Hijo su carne humana. No hay nada que escape a su calor»⁵⁹.

En el mismo *Sermón*, consciente de que la mujer vestida de sol del capítulo 12 del Apocalipsis se refiere a la Iglesia, considera legítimo también identificarla con la virgen María. Tomando pie de la imagen de la mujer vestida de sol, habla de María como sol que alumbra a todos sin hacer distinciones entre buenos y malos a la hora de practicar la misericordia; María se muestra accesible y clemente con todos, compasiva con las necesidades de todos y llena de un amor sin límites:

«Sin duda ella es la que se vistió como de otro sol. Y así como aquel nace indistintamente sobre buenos y malos, así ella no examina los méritos anteriores, sino que se hace accesible a todos, para todos está llena de clemencia, y se compadece de las necesidades de todos con un amor sin límites. Ella está muy por encima de todas las miserias, y supera toda especie de fragilidad y corrupción con una grandeza incomparable»⁶⁰.

⁵⁸ Cf. *Ibid.*, 395 y 397.

⁵⁹ Cf. *Ibid.*, 397.

⁶⁰ *Ibid.*

3. LA MISERICORDIA DE MARÍA EN LOS ESCRITOS DEL BEATO ENRIQUE SUSÓN (1295-1366)

Los escritos del beato *Enrique Susón* reflejan la experiencia de una tierna devoción hacia la Virgen María, y en algunas páginas alude expresamente a su misericordia maternal, inspirándose claramente en los escritos de san Bernardo. Susón habla de María como la «Madre de misericordia», y como «patrona» y «abogada» que proporciona a los pecadores una gran confianza para acercarse a Dios. Reconoce que Jesús es nuestro hermano y verdadero hombre, pero, a diferencia de María, es también Señor, Dios y juez severo. De ahí la conveniencia de contar con María. Así se expresa en el siguiente texto:

«Señor, desde el abismo de tu divinidad esencial Tú hiciste nacer de Ella [María] el esplendor de tu gloria, tu Hijo unigénito, por quien recondujiste a las criaturas perdidas a su origen. ¿Quién, cargado de pecados, osaría acercarse a Ti, Padre celestial, si Tú no le hubieses dado como guía a tu amado Hijo, la Eterna Sabiduría? ¿Cómo, Sabiduría increada, se atrevería un pobre pecador a presentarse ante Ti y exhibir su impureza ante tanta pureza, si no tuviera junto a él a la Madre de la misericordia como patrona y abogada? Pues, aunque eres mi hermano, Señor Jesús, también eres mi Señor; aunque eres hombre verdadero, también eres Dios y juez severo que castiga la iniquidad»⁶¹.

Susón, como los autores anteriores, asocia la misericordia de María a la conciencia humana de pecado. Ella es el «tesoro inagotable de la misericordia de Dios», la «Señora», la «Madre de la gracia», «la inmediata mediadora de los pecadores», «el único consuelo de los acusados», «el único refugio de los pecadores», la «dulce y benévola mediadora ante la Eterna Sabiduría [Cristo]». Los pecadores no necesitamos ninguna mediación ante ella, sino que podemos acudir a María directamente; es más, cuanto mayor es el pecador, más derecho tiene a refugiarse en ella:

«Cuando nosotros, pobres miserables, sentimos nuestro corazón oprimido por un dolor inmenso y una angustia indecible, y no sabemos adónde dirigirnos, esto es lo único que nos queda: elevar nuestros ojos a Ti, Reina excelentísima de los cielos. Por eso a Ti, Virgen santísima, espejo relu-

⁶¹ BEATO ENRIQUE SUSÓN, *Diálogo de la Sabiduría y su siervo*, en *Exemplar y cuatro sermones alemanes*. Traducción e introducción de Salvador Sandoval, Colección Biblioteca dominicana 55, San Esteban, Salamanca 2008, 420. Este texto se inspira claramente en un texto de san Bernardo de Claraval transcrito en la nota 51.

ciente del esplendor del Sol eterno y tesoro oculto de la inagotable misericordia de Dios, yo, miserable, te saludo hoy en mi nombre y en el de todos los pecadores arrepentidos.

[...] Señora mía, Madre de gracia, yo no sé cómo, pero tengo la confianza absoluta de que los pecadores no tenemos necesidad de mediación ante Ti: Tú eres la inmediata mediadora de todos los pecadores ante tu Hijo. Por eso, cuanto más enredado se siente uno en sus muchos pecados, tanto más justo le parece acercarse a Ti; y cuanto más pecador, tanto mayor derecho piensa tener para refugiarse en Ti»⁶².

A diferencia de san Alberto Magno, Susón no tiene inconveniente en dirigirse a María con el título de emperatriz. Como san Bernardo, sostiene que María debe su dignidad a los pecadores. En este sentido, nuestra pobreza la ha enriquecido, así como nuestros pecados la han hecho la más resplandeciente y noble de todas las criaturas:

«Por ello, alma mía, avanza alegremente. Aunque te juzgues repudiada por tus muchas y grandes culpas, te invita y te llama la incomprendible bondad de la Madre de Dios. Tú eres el único consuelo de los acusados, el único refugio de los pecadores; a Ti dirigen su mirada muchos ojos anegados en lágrimas; por Ti suspiran muchos corazones maltrechos y miserables. Sé para mí dulce y benévola medidora ante la Eterna Sabiduría. Recuerda, piadosísima y clementísima Emperatriz, que la dignidad de que estás revestida te viene de nosotros, pobres pecadores. ¿Pues qué te ha hecho Madre de Dios y Arca donde descansaba el eterno maná, la misteriosa Eterna Sabiduría, sino nuestros pecados? ¿Cómo puedes ser llamada Madre de gracia y de misericordia, sino porque nuestra miseria necesita de tu gracia y misericordia? ¿Acaso no te ha enriquecido nuestra pobreza? ¿No te han hecho nuestros pecados la más resplandeciente y noble de todas las criaturas?»⁶³

Susón se dirige a María con un tono personal semejante al que encontrábamos en las oraciones de san Anselmo. Como en la antífona *Salve Regina*, cantada cada noche en los conventos dominicanos al final del rezo de Completas, Susón alude a los ojos misericordiosos de María, que miran con tanta bondad a todos los pecadores y a todos los pobres desconsolados. Susón acude a la protección que María ejerce principalmente mediante su intercesión ante Dios. Y sostiene que María es la única, singular y fidelísi-

⁶² *Ibid.*, 420-421.

⁶³ *Ibid.*, 421.

ma consoladora de los pecadores. Esto es ya una gracia de la inmensa bondad de Dios; Él fue quien hizo a María tan amable con todos los pecadores:

«Madre mía, vuelve a mí miserable esos tus ojos misericordiosos, esos ojos que miran con tanta bondad a todo pecador y a todo pobre desconsolado. Acógeme bajo tu fiel protección, pues mi consuelo y esperanza están puestos en Ti. ¡Cuántos pecadores habían abandonado a Dios y a toda la corte celestial, habían negado incluso al mismo Dios y, precipitados en la vorágine de la desesperación, estaban lamentablemente separados de Él! Sin embargo, apoyándose y refugiándose en Ti, fueron protegidos por tu inmensa bondad, hasta ser restituidos a la gracia por tu intercesión ante Dios. ¿Qué pecador hay tan grande que, por muchos delitos y crímenes que haya cometido, si se acuerda de Ti, no recobre su ánimo y esperanza? ¡Oh única, singular y fidelísima consoladora de los pecadores! La inmensa bondad de Dios te ha hecho tan amable para todos los pecadores, que resulta de todo punto impensable que tu inagotable piedad y tu benevolencia sin límites nos dejen indiferentes»⁶⁴.

Aunque reconoce que es Dios quien hizo a María tan buena y misericordiosa, sin embargo, también afirma que ella ha aplacado la severa justicia de Dios, temible juez, sosteniendo así una intervención positiva de la Virgen ante Dios, que nos salva de la cólera divina. Y sostiene que es imposible agradecer como es debido su clemencia y su bondad:

«[...] En verdad eres y se te llama Madre y Reina de misericordia. ¡Oh Madre indulgente, oh Reina clementísima de infinita misericordia: salve! ¡Oh nombre dulcísimo! ¡Qué insondable es el ser cuyo nombre está lleno de gracia! Nunca ha sonado tan dulce la melodía de un arpa en los oídos de un hombre amante del mundo, como el nombre santísimo de la Virgen pura en nuestros corazones contritos. Es justo que, en honor de aquel excelso nombre, todos doblen su cerviz y sus rodillas. ¡Cuántas veces has alejado de nosotros las cohortes malvadas de los demonios! ¡Cuántas veces has aplacado la severa justicia del temible Juez! ¡Cuántas veces nos has alcanzado de tu Hijo gracia y consuelo! ¿Qué diremos nosotros, pobres pecadores? ¿Cómo podemos agradecerte y alabarte dignamente por tan gran bondad, cuando ni todas las lenguas de los ángeles, ni todos los espíritus y las almas de los bienaventurados, ni el cielo y la tierra con todo

⁶⁴ *Ibid.*, 421-422.

lo que contienen pueden alabar como se merecen tu dignidad, tus gozos, tu clemencia, tu gracia y tu honor sin igual?»⁶⁵

Para Susón María es «la puerta de la misericordia»: «Señora nuestra, ilustrísima Emperatriz, siempre Virgen María, Tú eres también la puerta de la gracia y la puerta de la misericordia, abierta a todos. Antes pasarían el cielo y la tierra, que Tú dejes sin ayuda al que te pide de corazón»⁶⁶. Se dirige a ella también con estas palabras: «Madre fiel, no te olvides de nosotros, que, pobres y miserables, estamos desamparados en este peligroso exilio»⁶⁷.

En otra bella oración recurre a María rogándole que le proteja misericordiosamente durante toda su vida, pero de modo especial en esa terrible hora de la muerte. En esta oración invoca a María denominándola «abismo inagotable de la misericordia divina»:

«Ahora, madre de toda gracia, Madre de misericordia, guárdame con tu bondad todos los días de mi vida. Protégeme misericordiosamente en la hora de la muerte. Esa es la hora, noble Señora, por cuya causa deseo ser tu siervo durante toda mi vida. Esta es la hora cuyo recuerdo estremece el corazón y el espíritu, pues entonces cesan las oraciones y las súplicas y no sé a quién acudir. ¡Oh, abismo inagotable de la misericordia divina!, echado hoy a tus pies con hondos suspiros del corazón, te ruego que me hagas digno de tu gozosa presencia. ¿Cómo podrá desesperarse o quién puede dañar a quien Tú, Madre santa proteges?»⁶⁸

El último texto de Susón que reseñamos aquí es también una oración en la que su autor pide para sí, en virtud de los sufrimientos que experimentó al pie de la cruz, que lo proteja perpetuamente, lo conduzca a lo largo de su vida y lo guarde de todos sus enemigos: «¡Oh, clementísima Señora! Recuerda todas estas cosas [sus sufrimientos al pie de la cruz de su Hijo] y sé perpetua protectora y fiel conductora de toda mi vida. Vuelve bondadosa hacia mí tus maternales ojos. Guárdame fielmente de todos mis enemigos bajo las sombras de las alas de tu amado Hijo»⁶⁹.

⁶⁵ *Ibíd.*, 422.

⁶⁶ *Ibíd.*, 423.

⁶⁷ *Ibíd.*, 424.

⁶⁸ *Ibíd.*, 478-479.

⁶⁹ *Ibíd.*, 481.

4. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA (1486-1555)

En las obras de santo Tomás de Villanueva encontramos también algunos bellos pasajes que nos hablan de la misericordia de la Virgen María. Como dice Jaime García Álvarez en las primeras líneas de la introducción de su libro *Santo Tomás de Villanueva: La misericordia hecha vida y pensamiento*, «santo Tomás de Villanueva vivió a lo largo de su vida en y desde la misericordia»⁷⁰. Su teología de la misericordia –continúa diciendo el mismo autor– es una teología hecha vida antes que pensamiento; sus sermones tienen como base y fundamento la misericordia; son como una especie de limosna que ofrece a sus oyentes para ayudarles a orientar sus vidas con relación a Dios. En esta perspectiva hay que situar sus alusiones a la misericordia de la Virgen.

El primer texto que vamos a citar aquí está tomado de la *Conción 262: En la concepción de la bienaventurada Virgen María*. En él encontramos la influencia de san Bernardo a la hora de hablar de la universalidad de la misericordia de María:

«Tercera característica de la luz: Es universal, lo llena todo. Como dice san Ambrosio en su “Hexameron”, la Virgen no fue hecha según pesos y medidas limitados; dio a todos, lo llenó todo, y lo mismo que el Sol de justicia (Mal 4,2), Cristo nuestro Dios, que derrama su luz sobre buenos y malos (Mt 5,45), así también la santísima Virgen, cual luz inextinguible, derramando los rayos de su misericordia, “se muestra asequible a todos sin distinción, con todos derrocha amabilidad, a todos finalmente acoge con generosísimo afecto en sus necesidades”. Son palabras de san Bernardo, que sigue diciendo: “Ella se hizo todo para todos; lo mismo a sabios que a ignorantes, ella los declaró a todos merecedores de su inagotable amor, a todos les mantiene abiertas sus entrañas de misericordia para que todos participen de su plenitud: el cautivo recibiendo redención, el enfermo salud, el afligido consuelo, el pecador perdón, el justo gracia, el ángel alegría, finalmente, toda la Trinidad, alabanza, y la persona del Hijo, naturaleza humana, de modo que *nadie se prive de su calor*” (Sal 18,7). ¡Oh lámpara esplendorosa! ¡Cuántos corazones alegraste cuando, traspasada de luz divina, apareciste sin tacha en el seno de tu madre! “Tu concepción, oh Virgen Madre de Dios, trajo al mundo entero la noticia de un gran gozo” (Liturgia de la Iglesia)»⁷¹.

⁷⁰ *Santo Tomás de Villanueva: La misericordia hecha vida y pensamiento*, Editorial Agustiniiana, Guadarrama 2016, p. 13.

⁷¹ SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, *Conción 262: En la Concepción de la bienaventurada Virgen María*, en *Obras completas, t. VII Conciones (262-292)*. *Fiestas de la Virgen María*, BAC, Madrid

En el mismo sermón, y bajo la misma influencia de san Bernardo, se refiere a la protección que María ejerce sobre toda la Iglesia:

«[...] las dos alas con las que protege a toda la Iglesia y la defiende contra cualquier arremetida del enemigo, son su benignidad y humildad, pues, al ser misericordiosa, se compadece de nuestras flaquezas, y, como humilde, no desdena echar una mano a los que se compadece. Bernardo se lo recordaba: “A otros les encantan tus otras virtudes; a los infortunados, les cae mejor tu compasión”»⁷².

En otro de sus sermones relaciona la misericordia de María con la miseria del pecador. Cuando andamos perdidos a causa de pecado tenemos que recurrir a la eficacia de su intercesión:

«El hombre anda perdido por causa del pecado [...] ¿Y cómo hacer? Súbete a un monte, y desde allí llama a alguien que se te acerque. Ahora bien, ¿qué otro monte de mayor altura que la santísima Virgen? Ella ha sido exaltada por encima de las más altas cumbres de los montes, o sea, de los ángeles. Según dice el profeta Isaías, en los últimos días el monte en que se erigirá la casa del Señor tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes (Is 2,2). Éste es el monte del que habla más adelante el mismo profeta [...], o sea, la Virgen María. Un monte ciertamente consolidado por la gracia abundantísima, monte fértil, monte en el que Dios tuvo a bien establecer su morada (Sal 67,16-17). Entonces, ¿qué, oh Virgen sagrada María? [...] De ti, pues, montaña fertilísima, manará la dulzura de la misericordia [...] Que del templo del Señor, gracias a tu intercesión, oh Madre de Dios, brote una fuente de agua que salte hasta la vida eterna, a fin de que beban en ella y se refresquen las secas y sedientas almas nuestras»⁷³.

En la *Conción 267: En la Natividad de la bienaventurada Virgen María*, santo Tomás de Villanueva retoma las palabras de la *Salve Regina* como súplica, aludiendo a su misión de «abogada nuestra» y a su mirada misericordiosa:

2013, 17 y 19.

⁷² *Ibid.*, 21-23.

⁷³ Cf. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, *Conción 19: Domingo tercero de Adviento*, en *Conciones [I]. Tiempo de Adviento y Navidad*, BAC, Madrid 2010, 317.

«¡Oh Virgen admirable y dignísima de todo honor! ¡Oh mujer digna de especial veneración, admirable sobre todas las mujeres, reparadora de los padres, vivificadora de los descendientes!» Así pues, postrados a los pies de este sagrado retoño, dirijámonle nuestras preces con ánimo jubiloso y salte de alegría nuestro corazón; cobijémonos bajo su amparo, diciéndole en voz alta: “Ea, pues, Señora, abogada nuestra”, alegría nuestra, “ea, pues, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre”. A él buscamos, por él suspiramos, hacia él corremos, por él se abrasa en deseos nuestro corazón. Guíanos tú, oh Virgen, llévanos tú hasta él, condúcenos tú a su reino, muéstranoslo tú coronado de gloria y honor, escoltado por los ángeles, sentado en altísimo trono a la diestra del Padre, reinando con él gobernando el universo mundo»⁷⁴.

En un sermón sobre la Asunción de la Virgen María al cielo, santo Tomás de Villanueva, inspirándose esta vez en san Anselmo, dice que la Madre de Dios ejerció con su Hijo todas las obras de misericordia. El texto que vamos a citar alude únicamente a algunas de las obras de misericordia corporales:

«[...] esta bienaventurada mujer lo recibió en su casa. Y no sólo lo recibió, sino que además [...] lo vistió y lo alimentó, y –en palabras de san Anselmo– ejerció con él todas las obras de misericordia.

[...] En primer lugar, pues, lo acogió como peregrino y le dio hospedaje [...] y además lo vistió con ropa ajustada, pobre y muy ligera, con el fin de que el amplio vuelo no le estorbara al caminar por esta vida mortal. [...] El lienzo finísimo, es decir, la tela limpísima que tejió, es la carne sacrosanta, toda resplandeciente y pura, que el Espíritu Santo, como sapientísimo artesano, sin concurso de varón, tejió de las entrañas de la Virgen a modo de hilaza, y en las propias entrañas de ella como si se tratara de un telar. [...] En resumen, que ella dio posada al peregrino, vistió al Cananeo y dio de comer al hambriento con la abundante leche de su pecho; alimentó ella misma al que era el mismo pan del cielo, sació ella misma al pan de los ángeles con su pecho, colmado desde el cielo»⁷⁵.

El texto continúa diciendo que María redimió también a la humanidad cautiva, que había contraído, a causa del pecado, una gran deuda con el

⁷⁴ *Conción 267: En la Natividad de la bienaventurada Virgen María, Obras completas, t. VII Conciones (262-292). Fiestas de la Virgen María, 107-109.*

⁷⁵ *Conción 282: En la Asunción de la bienaventurada Virgen María, 409-413.*

Padre que no era capaz de pagar, y que le condujo a la esclavitud. Estando en esta situación, el Hijo del Rey, movido por compasión, respondió por el cautivo ante el Padre y se hizo su fiador; pero como no tenía con que pagar la deuda, «se llegó al banco de la Virgen, y ahí recibió dinero en cantidad con que pagar al acreedor: ahí recibió la carne para con ella poder pagar al Padre [...]. Así pues, Cristo pagó el precio de la redención, pero fue esta santa mujer la que le dio con qué pagarlo. Él es el Redentor, pero de ella recibió la posibilidad de serlo. ¡Oh, cuánto te debemos, Virgen bendita! ¿Cómo te pagaremos un favor tan grande? Ella también vistió al paciente cuando se hallaba en el estrechísimo lecho de la cruz. [...] ¿Qué deberes de misericordia y de piedad, qué obligaciones dejó de cumplir con el Hijo? o ¿cuándo dejó de prestarle atenciones?»⁷⁶.

El último texto de santo Tomás de Villanueva que vamos a citar está tomado de un sermón sobre la Natividad de la Virgen María. Se trata de un texto que pone de relieve la importante tarea de María de ser nuestra abogada ante su Hijo. También aquí volvemos a encontrar explícitamente la influencia de san Bernardo, así como las palabras de la *Salve Regina* que aluden a este tema:

«[...] fue también elegida para ser abogada nuestra. Porque, si bien es cierto que *tenemos por abogado ante el Padre a su Hijo, el Justo*, como dice san Juan (1Jn 2,1), necesitamos también tener a la madre de abogada ante el hijo; pues con nuestros pecados no sólo ofendemos a Dios, cuyos mandamientos transgredimos, sino también al Hijo de Dios, cuya sangre pisoteamos al pecar (Heb 10,29), crucificando de nuevo al Hijo de Dios (Heb 6,6). Y así, lo mismo que ante el Padre habla a favor nuestro el Hijo, así ante el hijo intercede la madre. Lo decía gráficamente san Bernardo: “El Hijo presenta al Padre su costado y sus heridas, y la madre muestra al hijo su corazón y sus pechos”. Por eso se ha convertido en abogada idónea: idónea, porque es purísima; idónea, porque es muy bien acogida; idónea, porque es piadosísima; porque todas estas cualidades se requieren en una abogada”. ¡Oh fecha feliz! ¡Oh día grandísimo, en que se dio al mundo una abogada tan distinguida como ésta! ¡Oh día digno de ser celebrado con alegría desbordada, día en que se nos hizo un regalo tan grande! Decía Bernardo: “Prescinde del sol, ¿qué hay en el mundo sino tinieblas? Saca de la Iglesia a María, ¿qué queda sino oscuridad?” “Ea, pues, abogada nuestra: vuelve

⁷⁶ *Ibid.*, 413-415.

a nosotros esos tus ojos misericordiosos”. A ti acudimos en nuestras necesidades: Cumple con tu oficio, ejerce tu tarea»⁷⁷.

5. SAN JUAN EUDES (1601-1680)

Una de las grandes figuras de la espiritualidad cristiana que ha dedicado especial atención a la misericordia de María es san Juan Eudes, conocido también –en palabras del papa León XIII– como el «que introdujo el culto al Sagrado Corazón de Jesús y del Santo Corazón de María». Su mariología se caracteriza por insistir en la constante comunión existente entre María y su Hijo, a quien ella le consagró todo su ser y todas sus obras; por subrayar que María fue la discípula por excelencia de su Hijo; y por poner de relieve que María siempre nos invita a participar más profundamente en la vida de santificación de su Hijo. Podemos apreciar en estas breves afirmaciones que se trata de una mariología profundamente cristológica y misionera. Por otra parte, hay que destacar la importancia que María tuvo en la propia vida de san Juan Eudes, fundador de la *Congregación de Jesús y María*, y de la *Congregación de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio*. Como él mismo confiesa, desde niño consagró todo su ser al Corazón de María⁷⁸. El papa san Pío X lo llama «el apóstol de la devoción a los Sagrados Corazones». Entre sus escritos marianos destacan principalmente *La infancia admirable de la Santísima Madre de Dios* y, sobre todo, la extensa obra titulada *El Corazón admirable de la sacratísima Madre de Dios o la devoción al sacratísimo corazón de la Bienaventurada Virgen María*, obra en cuya redacción trabajó durante los últimos años de su vida, y que concluyó un mes antes de su muerte. El mismo autor declara en el prefacio el motivo que le impulsó a escribirla:

«[...] toda la tierra está llena de santos libros, que han sido compuestos para alabanza de esta Madre admirable, y en tan gran cantidad que un excelente autor señala más de cinco mil [...] Pero yo no encuentro libros que se hayan escrito sobre su amabilísimo Corazón: Y, sin embargo, eso es lo que hay de más digno, de más noble y de más admirable en esta divina Virgen; e incluso es la fuente y el origen de todas sus grandezas»⁷⁹.

En el mismo prefacio el autor alude a sus fuentes. La obra muestra un buen conocimiento de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, tanto

⁷⁷ *Conción 268: En la Natividad de la bienaventurada Virgen María*, 141.

⁷⁸ Cf. SAINT JEAN EUDES, *Oeuvres complètes*, t. VI, Vannes et Paris 1905, 5.

⁷⁹ *Ibid.*, 11-12.

latinos como griegos, así como de los doctores de la Iglesia, y de modo especial algunas autoras místicas, como santa Brígida, santa Gertrudis y santa Matilde.

Esta obra se centra principalmente en el Corazón de María, pero trata también sobre el Corazón de Jesús, del que no se puede separar el de su Madre.

La obra se divide en doce libros, en memoria de las doce estrellas que coronan a la mujer del Apocalipsis.

Ya en su obra *La infancia admirable de la Santísima Madre de Dios* encontramos algunas ideas significativas respecto a la misericordia de María. En ella habla del «Corazón de la Madre de la Misericordia», Corazón lleno de bondad. Su Corazón es comparado con una fuente de aceite, es decir, una fuente de misericordia para todos los miserables. Este corazón bondadosísimo está lleno de una misericordia inconcebible, que obliga a esta Madre a tener compasión de todas las almas infieles, y a anteponerse por ellas ante su Hijo, a pedir sin cesar su conversión, a implorar de él muchas gracias para alcanzar este fin, y a obtener de forma efectiva la salvación de muchos. Sostiene que, por misericordia, María nos dio a su Hijo para que fuera nuestra redención.

En el curso de su reflexión cita este bello texto de san Efrén⁸⁰:

«Por ti, oh Virgen sagrada, somos reconciliados con Jesucristo tu Hijo y nuestro Dios. Tú eres la esperanza de los que parecen haber perdido todo motivo de esperanza. Tú eres la única abogada de los pecadores. Tú eres el refugio de los que están privados de todo socorro. Tú eres el puerto seguro de los que están en peligro de naufragio entre las olas y las tempestades del mar de este mundo. Tú eres la liberadora de los prisioneros, la madre de los huérfanos, la redención de los cautivos, el consuelo de los enfermos y de todos los afligidos. Tú eres la fuerza de los solitarios y de los religiosos, y la esperanza de los seculares. Tú eres la corona y la gloria de las vírgenes. Tú eres la alegría del mundo. Tú eres la reina y la patrona de los hombres y de las mujeres. Tú eres la llave del reino de los cielos. Tú eres el honor, la protección y la salvación segura de todos los cristianos que recurren a ti con un afecto sincero y verdadero (*De laudib. B. Vir.*)».

⁸⁰ *Ibid.*, t. V, 172.

San Juan Eudes afirma que los efectos de la misericordia de María se sienten por todas partes. Ya se dejaba sentir en su vida terrena, dado que estaba maravillosamente iluminada por la luz del Espíritu Santo; gracias a esa luz veía las inenarrables miserias y las necesidades innumerables, tanto espirituales como corporales, de las que la tierra está llena, de modo que su caridad inmensa la solicitaba y la empujaba a orar sin cesar por todas las necesidades de todas las criaturas, y a comenzar a ejercitar su cualidad de Madre de misericordia por ese medio de la oración⁸¹.

San Juan Eudes habla también de María en esta obra como una nube totalmente cargada con las aguas celestes de la gracia, y que hace desbordar por todas partes los torrentes de sus misericordias⁸². Como decía san Juan Crisóstomo –citado aquí por san Juan Eudes– el Corazón de María es también «un mar inmenso de misericordias»⁸³. Por su parte, san Cirilo de Jerusalén hablaba de la Virgen como diciendo que es un tesoro de misericordia incomparable, tanto para la Iglesia militante como para la Iglesia sufriente⁸⁴. Citando a san Anselmo, dice que a veces se obtiene más pronto la salvación invocando el Nombre de María que el de Jesús. Eso no se debe a que María sea más grande o más poderosa que Jesús, pues María recibió tanto su grandeza como su poder de su Hijo, sino a que Jesús, por ser Señor y Juez soberano, debe tratar a cada uno según sus méritos y según el orden de la justicia, que pide que las oraciones de un criminal no sean escuchadas. Pero cuando éste invoca el Nombre de la Madre de misericordia, aunque sus pecados le hagan indigno de toda gracia, sin embargo, es escuchado por los méritos de María⁸⁵.

Como hemos visto anteriormente en otros autores, Juan Eudes retoma también en esta obra la idea de que el Padre dio a su Hijo la Justicia y el Juicio, y a su Hija la misericordia; y está tan llena de ella que esta misericordia penetra hasta en los abismos del infierno. Según dice el mismo J. Eudes, esta idea procede de un gran Prelado, obispo de Loreto (Rutilio Benzoni, *In Psal.* 86,32), quien, teniendo en cuenta que Dios jamás ha concedido una gracia si no es por medio de esta Madre de gracia, sostenía que por

⁸¹ Cf. *Ibid.*, 152.

⁸² *Ibid.*, 158.

⁸³ Cf. *Ibid.*, 313.

⁸⁴ Cf. *Ibid.*, 227.

⁸⁵ Cf. *Ibid.*, 229.

medio de ella Dios ejerce su misericordia con los miserables condenados, no castigándolos tanto como merecen⁸⁶.

A juicio de san Juan Eudes, María es, después de su Hijo, la fuente de todos los designios de bondad y de misericordia que Dios tiene desde toda la eternidad sobre todas sus criaturas, y la fuente de todos los efectos que la divina Caridad ha obrado sobre el género humano, puesto que ella es la Madre de aquel que es el primer principio. Nuestro autor llega a decir que es para ella principalmente por quien Dios creó este gran mundo. Siguiendo a san Bernardino de Siena dirá que es más por ella que por todos los demás hijos de Adán, por quien el Hijo de Dios vino a este mundo, que se encarnó y realizó los demás misterios. Por consiguiente, la obra de la encarnación, de la redención, de la justificación y de la glorificación es más por ella que por todo el género humano⁸⁷.

En su última obra las referencias a la misericordia de María se multiplican. El título del primer capítulo del libro quinto de esta obra recoge la idea de que el corazón de María es una imagen viva de la divina misericordia. Define la divina misericordia como «una perfección que mira las miserias de la criatura, para aliviarlas e incluso para librarle de ellas, cuando conviene, según el orden de la divina Providencia, que hace todas las cosas en número, peso y medida»⁸⁸.

A juicio de nuestro autor las tres obras maestras de la divina misericordia son: 1) el Hombre-Dios; 2) el Cuerpo místico de Cristo; 3) y la Madre del Hijo de Dios. La divina misericordia hizo en primer lugar a María muy santa y agradable a Dios. Esta divina misericordia reina tan perfectamente en su corazón, que por ello puede llamarse Reina y Madre de misericordia. María ha ganado de tal modo el corazón de la divina misericordia que Dios le ha entregado las llaves de todos sus tesoros y la ha hecho señora de ellos absolutamente⁸⁹.

Esta divina misericordia reina tan plenamente en su corazón, y lo llena de una gran compasión por los pecadores y todos los miserables, que san Agustín le hablaba de esta manera: «Tú eres la única esperanza de los pecadores y de los miserables» (*Serm. 18 De sanctis*). Su corazón está tan lleno

⁸⁶ Cf. *Ibid.*, 161-162.

⁸⁷ Cf. *Ibid.*, 183.

⁸⁸ SAINT JEAN EUDES, *Oeuvres complètes*, t. VII, Vannes et Paris 1905, 7.

⁸⁹ Cf. *Ibid.*, 9-11.

de misericordia que rebosa por todas partes y se difunde en el cielo, en la tierra e incluso en el infierno. Está tan lleno de misericordia que no solamente ejerce la misericordia ante la mirada de los pecadores que tienen el deseo de convertirse, sino también ante algunos que no piensan ni tan siquiera en su salvación, obteniendo de su Hijo que les conceda santas inspiraciones, suscite en sus corazones movimientos de ternura de Dios y el terror a sus juicios; que los castigue de diversos modos; que suscite personas de vida santa y ejemplar en medio de ellos, para atraerles a él por medio de su ejemplo; que les envíe predicadores, y que emplee otros medios para convertirlos, o al menos, si no quieren cambiar de vida, para impedir que multipliquen sus pecados, de modo que su condenación sea menos rigurosa⁹⁰.

Para experimentar los efectos de la misericordia que habita en el Corazón de María, es preciso reconocer, en primer lugar, que uno es un abismo de miserias, que tiene una necesidad infinita del socorro de esta Madre de misericordia, y que es infinitamente indigno de ella. En segundo lugar, hay que invocar a esta Madre al menos con una gran confianza en todas nuestras necesidades. En tercer lugar, si queremos que ella tenga el corazón lleno de piedad hacia uno, uno mismo debe, a su vez, tener un corazón lleno de benignidad hacia el prójimo y poner en práctica con prontitud, según el poder que Dios nos dé, todas las obras de misericordia. No hay que contentarse con practicar las obras de misericordia, hay que practicarlas bien, con intenciones puras, es decir, con el objetivo de complacer a Dios y para su gloria; y con disposiciones santas, es decir, con amabilidad, dulzura, alegría y prontitud. Porque –como dice la Escritura (2Co 9,7)– Dios ama a quien da alegremente; y quien da con prontitud da dos veces. No hay que esperar a que nos pidan, sino adelantarse a las necesidades de los hermanos. Es así como Dios actúa con nosotros; Dios se adelanta con frecuencia, concediéndonos algunas gracias que no le habíamos pedido y en las que ni siquiera habíamos pensado. También es importante a este respecto exhortar a los demás, cuando se presente la ocasión, a practicar todas estas cosas⁹¹. Como podemos apreciar, la reflexión sobre el Corazón misericordioso de María tiene consecuencias prácticas en la vida del creyente.

San Juan Eudes extiende las palabras que encontramos en el evangelio de Lc 6,36 a la Virgen María: «Sed misericordioso como vuestro Padre y vuestra Madre celeste son misericordiosos». Incluso ora a María para

⁹⁰ Cf. *Ibid.*, 11-14.

⁹¹ Cf. *Ibid.*, 16-18.

alcanzar este objetivo con las siguientes palabras: «Oh Madre admirable, obtenednos esta gracia, por favor, e imprimid en nuestros corazones una participación en los sentimientos benignísimos de la increíble misericordia del que el vuestro está lleno»⁹².

Juan Eudes presenta también el Corazón de María como un bello retrato de la mansedumbre, de la paciencia y de la clemencia de Dios. La mansedumbre, la paciencia y la clemencia de Dios son tres divinas perfecciones que están unidas a la misericordia, incluso no son más que una perfección con ella, aunque se diferencian en cuanto a sus efectos. La misericordia mira a la miseria de la criatura en general, para aliviarla y para liberarla. La primera y más grande de las miserias humanas, y que constituye la fuente de todas las demás, es el pecado. Estas tres divinas perfecciones –mansedumbre, paciencia y clemencia– están vivas y reinan en el sagrado Corazón de la Madre de misericordia. Esto le lleva a afirmar que después del Corazón de Dios no ha existido jamás, ni existirá un corazón tan lleno de mansedumbre, paciencia y clemencia como el Corazón de María. El Corazón de María no es más que miel y dulzura⁹³.

Pero Juan Eudes señala también que María no tiene los mismos sentimientos respecto a todos los pecadores, sino que practica un discernimiento entre los que son enemigos de Dios irreconciliables y los que todavía pueden reconciliarse. Respecto de los primeros, María experimenta una grandísima y justísima indignación, porque al estar unida perfectísimamente a Dios, ama lo que él ama, y odia lo que él odia, y aprueba lo que él aprueba, y condena lo que él condena. Pero con los pecadores que están todavía sobre la tierra, que es un lugar de misericordia, donde María ha establecido el trono y el imperio de su misericordia y de su clemencia, su Corazón está lleno de dulzura y benignidad⁹⁴.

La misericordia de María está relacionada también con la obra que el Espíritu Santo hace en ella. Éste realiza en su Corazón virginal una efusión de amor y de caridad tan prodigiosa, que crea en él tal abismo sin límite y sin fondo de misericordia, de liberalidad y de benignidad, que inunda el cielo, la tierra y el purgatorio de sus torrentes de gracias, de sus dulzuras y de sus consuelos⁹⁵.

⁹² *Ibid.*, 18.

⁹³ Cf. *Ibid.*, 20-28.

⁹⁴ Cf. *Ibid.*, 30-31.

⁹⁵ Cf. *Ibid.*, 220.

Juan Eudes compara también el Corazón de María con una fuente de agua viva, que distribuye abundantemente las aguas de la divina misericordia en el cielo y en la tierra, e incluso de alguna manera en el infierno⁹⁶, como ya hemos visto anteriormente.

Nuestro autor habla también del Corazón de María como el trono de la misericordia. Así como los efectos de la misericordia de Dios sobresalen por encima de todas sus obras, así también la misericordia de la Madre de Dios ha establecido su trono en su Corazón virginal, para reinar en él con más resplandor que todas las otras virtudes⁹⁷.

Comentando las palabras del *Magnificat* que dicen: «Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación», afirma que el Señor no ha querido realizar esta gran obra solo. Porque, además de hacer todas las cosas con su Padre y su divino Espíritu, quiso también asociar a su Madre en las grandes obras de su misericordia. Aplica a este texto también las palabras del Génesis, cuando Dios dice: «no es bueno que el hombre esté solo», y le concedió una ayuda que fuera semejante a él creando a la mujer. Así Cristo, el hombre nuevo, quiso tener una ayuda que es María, y el Padre se la concedió para ser su ayudante y cooperadora en la gran obra de la salvación del mundo, que es la obra de su gran misericordia⁹⁸.

Todas las conversiones que se hacen por la misericordia del Hijo de María, se atribuyen a la intercesión de su Madre⁹⁹.

Nuestro autor denomina también a María «Administradora de la misericordia», porque Dios la ha llenado de una bondad, de una dulzura, de una liberalidad y de una benignidad extraordinaria, y de un poder superior para que quiera y pueda asistir, proteger, sostener y consolar a todos los afligidos, a todos los miserables, y a todos los que recurren a ella en sus necesidades¹⁰⁰.

⁹⁶ Cf. *Ibid.*, 251.

⁹⁷ Cf. *Ibid.*, 501.

⁹⁸ Cf. *Ibid.*, t. VIII, 59-60.

⁹⁹ Cf. *Ibid.*, 60.

¹⁰⁰ Cf. *Ibid.*, 61.

San Juan Eudes compuso un extenso himno en latín dedicado «en honor de la santísima Madre de misericordia o de su Corazón misericordiosísimo»¹⁰¹.

6. LA MISERICORDIA DE MARÍA EN EL PENSAMIENTO Y EN LA EXPERIENCIA DE SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO (1696-1787)

Me centraré fundamentalmente en su obra *Las glorias de María*, publicada en 1750, a cuya redacción dedicó 16¹⁰² años de su vida, durante los cuales leyó las obras de los Padres de la Iglesia y de los teólogos, extrayendo y presentando las sentencias más «escogidas» y «sustanciosas». El objetivo que se propuso expresamente fue, en primer lugar, facilitar a los devotos el enardecerse en el amor a María y proporcionar a los sacerdotes materiales para la predicación sobre la devoción a la Madre del Señor. Intencionadamente adoptó la perspectiva de la misericordia de María, recogiendo en sus páginas todo cuanto los Santos Padres y los más célebres autores dijeron sobre la misericordia y el poder de María. Dado que en la oración de la *Salve Regina* se encuentran «maravillosamente» descritos el poder y la misericordia de María, la primera parte de esta obra es un comentario de esta oración, sin perder de vista la perspectiva de la misericordia de la Virgen. La segunda parte de esta obra trata sobre las principales fiestas de la Virgen y sobre sus dolores; y la tercera y última sobre sus virtudes y los obsequios que se han de practicar en su honor¹⁰³. Aquí nos vamos a centrar fundamentalmente en la primera parte de esta obra. Es más llamativa la opción que san Alfonso María de Liguorio hizo si tenemos en cuenta el contexto en el que la escribió, marcado por el rigorismo jansenista que estaba ejerciendo una gran influencia sobre no pocos católicos.

En la primera página de esta obra su autor confiesa haber recibido de Dios, por medio de María, todo su bien, su conversión, su vocación a dejar el mundo y cuantas gracias recibió de Dios. Juntamente con san

¹⁰¹ *Ibid.*, 205-205.

¹⁰² Cf. C. LIEVIN, «Alphonse de Liguori (saint)», *Dictionnaire de Spiritualité*, vol. 1, col. 368. Para un estudio detallado y de conjunto de la mariología de san Alfonso María de Liguorio remitimos a la obra clásica de C. DILLENCHNEIDER, *La mariologie de S. Alphonse de Liguori* (Fribourg-Paderborn-Paris 1934). En esta obra san Alfonso intercala hechos maravillosos que tienen por objetivo ofrecer ejemplos concretos a los destinatarios de su obra.

¹⁰³ Cf. SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Obras ascéticas de san Alfonso M. de Liguorio*. I, BAC, Madrid 1952, 523-525.

Bernardo de Claraval, autor de los más citados en la primera parte de esta obra, cree firmemente que todas las gracias que Dios nos otorga pasan por las manos de María. San Alfonso fundamenta esta convicción en la idea de san Agustín cuando afirma que María cooperó por medio de su caridad al nacimiento espiritual de los miembros de la Iglesia (*Liber de sancta virginitate*, c. 6, n.º. 6; ML 40, 399). Esta acción de María en la vida de los hombres en general y de los creyentes en particular no ensombrece ni resta nada a la acción de Dios; al contrario, ha sido el mismo Dios quien, para glorificar a María, determinó y dispuso que ella, por su gran caridad, interpusiese sus ruegos en favor de todos los hombres por los que su Hijo derramó su sangre. Deja claro que sólo en Cristo está nuestra salvación, nuestra vida y resurrección¹⁰⁴.

Comentando las primeras palabras de la Salve, «Reina y Madre de misericordia», san Alfonso sostiene que el nombre de «Reina», como ya advirtiera san Alberto Magno, significa compasión y providencia de los pobres, a diferencia del nombre de «Emperatriz», que implica severidad y rigor. Corroborar esta opinión con las palabras de Séneca, quien sostenía que es propio de la magnificencia de los reyes y de las reinas aliviar a los miserables. Si bien es cierto que los reyes deben ejercitarse en las obras de misericordia, pero sin descuidar el castigo de los culpables, en el caso de María es diferente. Ella no es reina de justicia, ni está preocupada del castigo de los malhechores, sino que es «Reina de misericordia, atenta sólo a la compasión y al perdón de los pecadores»¹⁰⁵. Por eso quiere la Iglesia que la invoquemos expresamente con este título de «Reina de misericordia».

San Alfonso comparte la opinión de Jean Gerson, quien, teniendo en cuenta que el reino de Dios se basa en la justicia y en la misericordia, sostiene que el Señor lo dividió, reservándose para sí el reinado de la justicia y entregando el ejercicio de la misericordia a María, y ordenando que toda suerte de misericordia que se dispense a los hombres pase por sus manos y se dispense a su arbitrio. Jean Gerson se expresa a este respecto con las siguientes palabras: «El reino de Dios está basado en el poder y en la misericordia; el poderío se lo reservó Dios, y concedió, en cierto sentido, la parte de la misericordia a la Reina Madre» (*Super Magnificat*, 1,6, col. 286)¹⁰⁶. Este reparto de la justicia y de la misericordia puede dar lugar a malenten-

¹⁰⁴ Cf. *Ibid.*, 520-521.

¹⁰⁵ *Ibid.*, 528.

¹⁰⁶ *Ibid.*, 531.

didados, aunque hay otros textos de esta misma obra de san Alfonso que lo matizan y aclaran¹⁰⁷.

A diferencia de lo que podría pensarse espontáneamente, la majestad y la santidad de María no la alejan de los pecadores, sino que la hacen más suave y compasiva con quienes quieren enmendarse y acuden a ella¹⁰⁸. Si la majestad de los reyes infunde terror en sus súbditos, de modo que temen presentarse en su presencia, ¿qué temor pueden tener los miserables de presentarse ante esta Reina de misericordia?, pues quien se acerca a María con suavidad y cortesía no encontrará en ella nada de terrible ni de austero. Ella ofrece a todos la «leche de misericordia», para animarlos a la confianza, y la «lana de protección, para protegerlos contra los rayos de la divina justicia»¹⁰⁹. Esta última afirmación resulta chocante, porque podría dar a entender que la misericordia de María tiene una fuente distinta del mismo Dios misericordioso. No obstante, en otros textos se pone de manifiesto que la misericordia de María procede del mismo Dios.

Inspirándose de nuevo en san Bernardo, establece una estrecha relación entre el título de la «Reina de misericordia» y los pecadores, de modo particular sus súbditos. Con san Jorge de Nicomedia sostendrá que el número de culpas no puede superar el poder y la compasión de la Virgen¹¹⁰. Refiriéndose al poder misericordioso de María, san Alfonso dice que el Hijo de Dios cuando despacha las peticiones de María en favor de los pecadores es como si estuviese solventando las deudas contraídas con ella. Es decir, si María está infinitamente obligada a su Hijo, que la predestinó para

¹⁰⁷ Por ejemplo, más adelante dirá en una oración, refiriéndose a Jesús, que no hay, ni en el cielo ni en la tierra, nadie más compasivo que Jesús para con los miserables ni nadie que les pueda ayudar mejor. Cf. *Ibid.*, 561. En otra oración dirá que es Jesús quien nos remite a María, quien quiere que recurramos a ella, nos manda a ella para que nos socorra, pues en nuestra salvación no nos ayudan solo los méritos de la sangre de Cristo, sino también los ruegos de su Madre. Cf. *Ibid.*, p. 568. Cabe citar igualmente aquí las siguientes palabras en las que san Alfonso da gracias a Dios por habernos dado a María: «Bendito y agradecido sea por siempre nuestro Dios, ¡oh María amantísima!, que os hizo tan benigna y suave hasta con los más miserables pecadores. ¡Desgraciado quien no os ama y, pudiendo recurrir a vos, no lo hace por desconfianza!». *Ibid.*, 597.

¹⁰⁸ Cf. *Ibid.*, 531.

¹⁰⁹ Cf. *Ibid.*, 531-532. La primeras palabras las atribuye erróneamente a san Bernardo, aunque en realidad —como se dice en la nota correspondiente— son de un monje benedictino, blanco o negro.

¹¹⁰ Cf. *Ibid.*, 532. San Alfonso atribuye erróneamente a san Gregorio de Nicomedia esta idea procedente de san Jorge de Nicomedia.

ser su madre, también el Hijo está obligado a su madre, que le dio ser humano; «por lo que Jesús, para recompensar cuanto debe a María –dice san Alfonso–, gozando de su gloria, la honra de manera particular escuchando siempre sus ruegos»¹¹¹. Este poder ante Dios y la riqueza y plenitud de misericordia de María, nos debe conducir a una gran confianza en ella, pues nadie hay en la tierra que no participe de su compasión y de sus favores. Por su inmensa compasión, María está deseosa de ayudar a los pecadores.

Ante esta realidad, san Alfonso anima a los lectores de su obra a acudir a María para asegurar su salvación. Si nos aterrorizan y desalientan nuestros pecados, no debemos olvidar que María fue constituida Reina de misericordia para salvar con su protección a los más grandes y perdidos pecadores que a ella se encomienden. Por su parte, los pecadores –según decía Ruperto de Deutz– serán en el cielo la corona de la Virgen¹¹².

Cristo llevó a cabo la obra de la redención movido por un exceso de misericordia y amor. Con su pasión y muerte en la cruz nos devolvió la verdadera vida, convirtiéndose así en padre de nuestras almas. Por su parte, María es nuestra madre, porque dándonos a Jesús, nos dio la verdadera vida, y ofreciéndolo después en el calvario por nuestra salvación, nos hizo nacer a la vida de la gracia. Siguiendo a san Bernardino de Siena, san Alfonso dirá que María, desde el consentimiento dado en la anunciación nos llevó en su seno como una madre amorosa, pues desde entonces comenzó a pedir a Dios, con un inmenso cariño, por nuestra salvación y a interesarse por ella¹¹³.

De Novarino toma la idea de que María se comporta con los pecadores como las ballenas con los ballenatos: cuando ven en peligro a los ballenatos por causa de las tempestades o de los pecadores, abren su boca y los guardan en su interior. Así María, al ver a sus hijos ante el grave peligro de la borrasca de las tentaciones, los esconde amorosamente en sus entrañas, los protege y no los abandona hasta conducirlos al puerto seguro de la bienaventuranza¹¹⁴.

De su maternidad espiritual podemos colegir el gran amor que nos tiene. María no es nuestra madre según la carne, «sino Madre de amor». Es

¹¹¹ *Ibid.*, 533.

¹¹² Cf. *Ibid.*

¹¹³ Cf. *Ibid.*, 536.

¹¹⁴ Cf. *Ibid.*, 540.

la madre del amor hermoso, según la expresión que se atribuye a sí misma la Sabiduría en el libro del Eclesiástico 24,24, y que la tradición aplica también a María. Ella «es toda amor para con nosotros». Su amor es semejante al de Jesús, pues suspiraba por morir, a la vez que su Hijo, por amor hacia nosotros. Nos ama porque ama a Dios. El amor a Dios y al prójimo caen bajo el mismo precepto, de modo que uno crece a medida que crece el otro. Si ponemos aparte al Hijo de Dios encarnado, nadie ha amado tanto a Dios sobre esta tierra como la Virgen María. Incluso María –según san Alfonso– amó más a Dios que todos los santos y ángeles juntos. Por tanto –concluye nuestro autor–, «si entre todos los espíritus bienaventurados no hay ninguno que venza a María en el amor a Dios, tampoco hay ni puede haber quien, después de Dios, nos ame más que nuestra amorosísima madre». Y prosigue diciendo: «Si se reuniera el amor de todas las madres a sus hijos, de todos los esposos a sus esposas y de todos los ángeles y santos a sus devotos, no igualaría al amor que María profesa a una sola alma»¹¹⁵.

El segundo motivo del amor que María nos tiene reside en el hecho de que Jesús, poco antes de expirar nos encomendó a ella como hijos. Los últimos encargos que nos hace una persona amada en el trance de la muerte se aprecian más y no se apartan de la memoria¹¹⁶.

También María nos tiene por hijos queridos porque le costamos grandes dolores. Así como las madres aman preferentemente a los hijos que más trabajos y dolores le han costado, de modo semejante nos ama María. Aunque es claro que ama más a su Hijo Jesús; lo amaba más que a sí misma. Inspirándose en san Buenaventura, establece un paralelismo entre la entrega que hizo el Padre del cielo de su Hijo querido por amor nuestro, y la entrega que la misma Virgen hizo de su Unigénito por nosotros¹¹⁷.

Otro motivo de su amor por nosotros es la consideración de que su Hijo pagó con su propia vida por nuestra salvación. Porque todos los hombres han sido redimidos por Jesús, María los ama a todos y a todos prodiga sus favores. Nadie en la tierra está privado de su amor: «A todos ofrece y dispensa su misericordia, porque a todos desea esta Madre la salvación y ha cooperado a que se obre en todos»¹¹⁸. Según san Bernardino de Bus-

¹¹⁵ *Ibid.*, 545. Estas palabras se inspiran en el c. 14 de la obra del P. Nieremberg, titulada: *De la afición y amor de María*.

¹¹⁶ Cf. *Ibid.*, 545.

¹¹⁷ Cf. *Ibid.*, 545-546.

¹¹⁸ *Ibid.*, 547.

tos –citado por nuestro autor–, más desea María hacernos bien y dispensarnos las gracias que nosotros recibirlas. El propio san Alfonso dice a este respecto que «María sale al encuentro de cuantos a ella acuden, para que la hallen aun antes de buscarla»¹¹⁹. También Ricardo de San Víctor decía que esta buena madre acude en ayuda de nuestras necesidades y las remedia aun antes de que le pidamos auxilio.

Aunque María ama a todos los hombres, incluso a los ingratos y negligentes que la aman poco y descuidan acudir a ella, sin embargo, ama más a quienes corresponden a su amor. A quienes la aman ella, los ama e incluso les sirve¹²⁰.

La prueba de que alguien es hijo de María está –según Ricardo de San Lorenzo, aquí citado– en que imita su castidad, su humildad, su mansedumbre y su misericordia¹²¹.

San Alfonso insiste en la relación que existe entre la misericordia de María y los pecadores. Ella busca la reconciliación de todos los hombres con Jesús. En una de las páginas de su obra dice a este respecto:

«Esta benignísima Señora sólo quiere del pecador que se le encomiende y tenga intención de enmendarse. Cuando María ve a sus plantas a un pecador que llega a pedirle misericordia, no mira a los pecados de que está cargado, sino a la intención con que se le acerca; si se llega a ella con buena intención, aun cuando hubiera cometido todos los pecados del mundo, le abraza y no se desdeña la amantísima madre de curarle todas las llagas del alma, porque María no sólo lleva el nombre de Madre de misericordia, sino que lo es en realidad, manifestándolo en el amor y ternura con que acude a nuestro favor»¹²².

María es madre de los pecadores que quieren convertirse, y como madre, «no puede menos de compadecerse de ellos sintiendo como propias las desgracias de sus hijos. San Alfonso compara a María con la mujer sirofenicia del evangelio que suplica a Jesús para que cure a su hija diciendo: «apiádate de mí». Y es que las madres sienten como propias las miserias

¹¹⁹ *Ibid.*, 548.

¹²⁰ Cf. *Ibid.*

¹²¹ Cf. *Ibid.*, 555.

¹²² *Ibid.*, 557.

de sus hijos. Del mismo modo María clama por los pecadores como si le dijera a su Hijo que todo pecador es hijo suyo, y por eso ruega que se apiade no tanto del pecador como de ella, que es su Madre¹²³.

Como muchos otros autores, san Alfonso atribuía a san Bernardo esas palabras con las que se quiere animar al pecador, diciéndole que vaya a la Madre de la misericordia, que le muestre las llagas de sus pecados para que ella le recuerde al Hijo la leche con la que le alimentó, consiguiendo así ser atendida. Al parecer fue Arnolfo de Chartres el primero en establecer esta escala por la que el pecador sube de María al Hijo¹²⁴.

Por esta actuación de María en favor de los pecadores, san Lorenzo la llamó «esperanza de los malhechores» (*spes delinquentium*), porque sólo ella les obtiene de Dios el perdón; y san Bernardo le llamaba «escala de los pecadores» (*peccatorum scala*), «porque esta compasiva Reina alarga la mano a los desgraciados caídos y, sacándolos del abismo, los conduce hacia Dios». San Alfonso le atribuye a san Agustín una frase en la que éste habla de María como «única esperanza nuestra», es decir, de los pecadores, ya que sólo por medio de ella esperamos la remisión de todos nuestros pecados. Por su parte, san Bernardino de Bustos alentaba a los pecadores a acudir a María con confianza, porque en sus manos se puede encontrar plenitud de servicialidad, compasión y misericordia, pues más desea ella hacer el bien que uno mismo recibirlo. San Andrés de Creta denominaba a María «fianza del perdón de Dios». En este sentido, María es como la prenda que Dios otorga al pecador para garantizarle que perdona a todos los pecadores que acuden a ella como abogada e intercesora. Por eso, ningún pecador que recurre a la compasión de María debe temer ser abandonado por ella, porque ella es Madre de misericordia, deseosa de su salvación. María es el «arca» dichosa; quien se refugie en ella no padecerá el naufragio de la eterna condenación¹²⁵. También para san Idefonso de Toledo el arca de Noé fue figura de María, porque así como en el arca se refugiaron los animales de la tierra, así hallan refugio bajo su manto todos los pecadores¹²⁶.

Más adelante dirá que «esta madre de misericordia» desea de tal manera salvar a todos los pecadores, que ella misma va a su encuentro para

¹²³ Cf. *Ibid.*

¹²⁴ Cf. *Ibid.*, 563-564.

¹²⁵ Cf. *Ibid.*, 564-566.

¹²⁶ Cf. *Ibid.*, 596-597.

ayudarles si estos imploran su socorro; ella se las ingenia para hacerlos gratos a Dios¹²⁷.

En la siguiente oración san Alfonso utiliza el mismo tono personal que ya hemos encontrado en otros autores con el fin de invocar también para sí mismo la misericordia, dirigiéndose a María con estas palabras: «Si fuera santo, no os pediría compasión; pero, como soy pecador, a vos recorro, que sois Madre de misericordia. Sé que vuestro compasivo corazón se recrea en socorrer a los miserables que no viven obstinados en la maldad»¹²⁸.

Nuestro autor pone en boca de María las siguientes palabras: «Feliz quien oye mi voz y es solícito en acudir de continuo a las puertas de mi misericordia en demanda de luz y de auxilio»¹²⁹. A continuación afirma: «María cuidará de alcanzar luces y fuerzas a sus devotos para salir de los vicios y caminar por los caminos de la virtud».

En otra de sus oraciones san Alfonso pone de relieve el hecho de que la grandeza que Dios le ha otorgado a María —a diferencia de lo que ocurre con frecuencia en la experiencia humana— no la aleja de nosotros, sino que la impulsa a compadecerse de nuestras miserias. Su amoroso corazón se esfuerza más en socorrer cuanto mayores miserias contempla. Apenas se la invoca, vuela en socorro del necesitado, y hasta se adelanta con sus favores a nuestras plegarias. Ella nos consuela en nuestras aflicciones, disipa las tempestades, abate a los enemigos y no pierde ocasión de procurar nuestro bien. En el mismo clima de oración añade a continuación las siguientes palabras: «Bendita sea por siempre aquella divina mano que reunió en vos tanta majestad con tanta ternura, tanta grandeza con tanto amor. Doy gracias a mi Señor y me felicito a mí mismo, porque de vuestra felicidad depende la mía y mi suerte de la vuestra»¹³⁰.

En la plegaria de la Salve llamamos a María «esperanza nuestra». San Alfonso comienza a comentar esta expresión recordando la objeción que encontramos en Jr 17,5: «Maldito el hombre que confía en el hombre». Y rebate esta objeción con el pensamiento de santo Tomás de Aquino, quien sostiene que sólo se puede esperar en Dios como causa primera que nos conduce a la bienaventuranza; pero se puede esperar también en el hombre

¹²⁷ Cf. *Ibid.*, 596.

¹²⁸ *Ibid.*, 567.

¹²⁹ *Ibid.*, 570.

¹³⁰ *Ibid.*, 582.

o en otra criatura como agente secundario instrumental que nos ayude a conseguir cualquier bien ordenado a la bienaventuranza (II-II, q. 17, a. 4c). Es de esta segunda manera como llamamos a María «esperanza nuestra»¹³¹.

Dada la necesidad de aumentar en nosotros la confianza, Jesús nos dio a su misma Madre por madre y abogada, otorgándole el poder de ayudarnos. Por eso quiere que en ella depositemos la esperanza de nuestra salvación y de nuestro bien.

San Alfonso recoge ese pensamiento de san Anselmo que sostiene que rogar a María con entera confianza no es desconfiar de la misericordia de Dios, sino temer por nuestra propia indignidad¹³².

Siguiendo la misma tradición de san Bernardo, san Alfonso afirma que por medio de la intercesión de María, Dios nos otorga el perdón, todas las gracias, todos los auxilios y todos los bienes hasta el fin del mundo. Según el Abad de Celles —citado por san Bernardo—, quien encuentra a María encuentra todos los bienes, todas las gracias, todas las virtudes, porque con su poderosa intercesión ella nos obtiene todo lo que necesitamos para enriquecernos con la divina gracia¹³³. María —dice san Alfonso— «nos asegura que posee todas las riquezas de Dios, es decir, todas las divinas misericordias, para dispensarlas a sus amadores»¹³⁴.

En la oración que acompaña su exposición, se expresa su confianza en la misericordia maternal de María con las siguientes palabras:

«¡Madre del santo amor, vida, refugio y esperanza nuestra!, bien sabéis que vuestro hijo Jesucristo, no contento con hacerse nuestro perpetuo abogado ante el Eterno Padre, quiso que también vos fuerais cerca de Él intercesora que nos alcanzara las divinas misericordias [...] más me fío de vuestra misericordia y protección que de todas mis obras [...]. ¡Oh María!, en vos confío; en esta esperanza vivo y espero morir exclamando: “Mi única esperanza es Jesucristo y, después de Jesucristo, la Virgen María”»¹³⁵.

¹³¹ Cf. *Ibid.*, 583-584.

¹³² Cf. *Ibid.*, 584.

¹³³ Cf. *Ibid.*, 586-584.

¹³⁴ *Ibid.*, 584.

¹³⁵ *Ibid.*, 591.

En otra de sus oraciones san Alfonso repite la idea de que la misericordia de María anda buscando miserables para ayudarlos. Y dirigiéndose a ella le dice: «Señora, no neguéis vuestra compasión a quien Jesús no negó su sangre»¹³⁶.

Según san Alfonso, en cuanto María ve nuestras miserias, se apresura a socorrerlas con su misericordia; por el deseo que tiene de hacernos el bien, no entiende de tardanzas, vuela en ayuda de quienes la invocan. Se parece en esto al mismo Dios, que acude presuroso en ayuda de quienes le piden ayuda¹³⁷.

«Es tanta la compasión con que nos mira esta cariñosa Madre –dice san Alfonso– y tanto el amor que nos profesa, que no espera nuestros ruegos para socorrernos»¹³⁸. Nos alcanza de Dios muchas gracias antes de que se las pidamos. Como decía Ricardo de San Víctor, en nuestras necesidades se adelanta a nuestras súplicas, y antes llega a nosotros su misericordia que a ella nuestros ruegos; no puede conocer el apuro de alguien sin volar al instante en su ayuda¹³⁹. Esa fue la actitud que adoptó en las bodas de Caná. San Alfonso entiende que ese no fue un hecho puntual, sino la forma habitual que María tenía de actuar.

Nuestro autor intenta probar que la intercesión de María es necesaria para nuestra salvación, no en sentido absoluto, sino moralmente. Esta necesidad nace de la voluntad de Dios, que quiere que todas las gracias que nos dispensa pasen por las manos de María, idea que, como hemos visto, ya se encuentra en san Bernardo. Como otros muchos autores, san Alfonso defiende que la intercesión de María también es necesaria para nuestra salvación. Como Luis Antonio Muratori, sostiene que hay una mediación de justicia, por vía de mérito, y una mediación de gracia, por vía de intercesión. No se trata de que Dios no pueda conceder las gracias por sí mismo, sino de que no quiere concederlas sino es por la intercesión de María. San Alfonso confiesa que Dios es la fuente de todo bien y el Señor absoluto de todas las gracias, y que María es pura criatura, y que todo lo que obtiene lo obtiene por graciosa liberalidad de Dios. Confiesa también con claridad que Jesucristo es el único Mediador de justicia, quien con sus méritos

¹³⁶ *Ibid.*, 600.

¹³⁷ *Ibid.*, 601-602.

¹³⁸ *Ibid.*, 604.

¹³⁹ *Ibid.*

nos alcanza la gracia y la salvación, al mismo tiempo que declara que María es mediadora de gracia, y si bien es cierto que cuanto obtiene lo obtiene por los méritos de Cristo y por haberlo pedido y solicitado en su nombre, sin embargo, cuando pedimos gracias las obtenemos por intercesión de María. Esto —a su juicio— es conforme a los dogmas de fe, y se expresa en las oraciones públicas de la Iglesia, que nos enseñan a recurrir a María invocándola como salud de los enfermos, refugio de los pecadores, auxilio de los cristianos, vida y esperanza nuestra, lo que nos da a entender que tenemos necesidad de recurrir a su intercesión. A este respecto, nuestro autor cita la idea de san Buenaventura, que sostiene que jamás se hallará a Jesús si no es con María y por medio de María¹⁴⁰. Una razón de gran peso —como nuestro mismo autor declara— es la práctica ordinaria de los fieles de recurrir a la intercesión de María para alcanzar todas las gracias. De lo que deduce que esta sentencia se apoya en el *sensus fidei*¹⁴¹.

Semejante mediación de gracia podemos sintetizarla en una frase de una de sus oraciones, situada en el contexto de esta reflexión, en la que san Alfonso le dice a María que ella tiene «la llave de todas las divinas misericordias»¹⁴².

El título de abogada está muy relacionado —como ya hemos visto repetidamente— con la misericordia. A su vez, san Alfonso lo relaciona con el poder de María. Si Jesucristo es omnipotente por naturaleza, María lo es por gracia, lo es en el sentido en que puede serlo una criatura, que siempre será incapaz de un atributo divino; es omnipotente «porque con sus ruegos alcanza cuanto quiere»¹⁴³. A estas palabras habría que añadir que María nunca quiere nada distinto de lo que Dios quiere. No hay, por tanto, entre ella y Dios un conflicto de voluntades ni de intereses.

Mientras vivió en esta tierra, la gran preocupación de María, además de la gloria de Dios, fue ayudar a los necesitados. No hay criatura que pueda alcanzarnos tanta misericordia para nuestras miserias como esta «excelente abogada»¹⁴⁴. San Alfonso cita esa frase, cuya fuente se desconoce, que dice así: «Lo que Dios puede con su imperio, tú lo puedes con tu ruego»¹⁴⁵.

¹⁴⁰ Cf. *Ibid.*, 619-627.

¹⁴¹ *Ibid.*, 647.

¹⁴² *Ibid.*, 638.

¹⁴³ Cf. *Ibid.*, 650-651.

¹⁴⁴ Cf. *Ibid.*, 651.

¹⁴⁵ *Ibid.*, 655.

Dice san Alfonso en otra de sus oraciones que al tomar su carne humana de María, Dios se hizo su deudor para que ella pudiese dispensar a su arbitrio a los miserables las riquezas de la divina misericordia¹⁴⁶. Y continúa diciendo: «Si a todos dispensáis vuestras mercedes, si también las dispensáis a quienes no os conocen ni os honran y hasta a quienes os ultrajan y blasfeman de vos, ¿cuánto más no debemos esperar de vuestra benignidad, que va buscando miserables para aliviarlos, nosotros que os honramos, que os amamos y que confiamos en vos?»¹⁴⁷ San Alfonso reitera que la benignidad y misericordia de María no sabe rechazar a nadie que implore su ayuda.

Citando a san Amadeo de Lausana, san Alfonso dirá que María está siempre presente ante Dios, intercediendo continuamente por nosotros con sus poderosas súplicas. Y ahora que en el cielo conoce nuestras miserias y necesidades, no puede sino compadecerse de ellas, y con su maternal corazón, lleno de compasión hacia nosotros, busca siempre socorrernos y salvarnos; siempre está pronta a rogar por todos¹⁴⁸. María jamás se cansa ni se sacia de defendernos. Es tanta la compasión que tiene de nuestras miserias y tanto el amor que nos profesa, «que no se sacia de rogar por nosotros y de defendernos con sus súplicas de los males y de obtenernos todas las gracias»¹⁴⁹.

Algunos textos hablan de María como la que nos defiende de Dios, o como la que se opone a que su Hijo ejerza su justicia contra nosotros: «¡Pobres de nosotros, pecadores, si no tuviéramos esta gran abogada, que es tan poderosa, compasiva y a la vez tan prudente y sabia, que imposibilita al juez, su Hijo, dice Ricardo de San Lorenzo, para condenar a los reos que defiende!»¹⁵⁰.

Más adelante matiza esta idea del modo siguiente: «El Padre Eterno, dice san Bernardo, porque quiere usar toda clase de misericordia, además de nuestro principal abogado ante Él, nos dio a María como abogada ante Jesucristo»¹⁵¹. Este modo de hablar vuelve a poner de relieve que Dios es la raíz de toda misericordia, y que no hay nadie en definitiva más empeñado en nuestra salvación que Él.

¹⁴⁶ Cf. *Ibid.*, 657.

¹⁴⁷ *Ibid.*, 657-658.

¹⁴⁸ Cf. *Ibid.*, 660.

¹⁴⁹ *Ibid.*, 661.

¹⁵⁰ *Ibid.*

¹⁵¹ *Ibid.*, 662.

En otra de sus oraciones san Alfonso se dirige a María con las siguientes palabras: «Por ser Madre del Salvador, nacisteis para salvar a los pecadores y me fuisteis dada como salvación mía»¹⁵².

San Alfonso titula el apartado donde comenta la expresión de la *Salve* «vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos» con las siguientes palabras bien elocuentes: «María es toda ojos para compadecer y socorrer nuestros pecados». Comienza su comentario citando unas palabras que erróneamente atribuye a san Epifanio, y que dicen que María es la «multiócula», es decir, «la de los muchos ojos» para socorrer en la tierra nuestras miserias. Citando también unas palabras de Ricardo de San Lorenzo contrapone la mirada de Dios y la de María: Según este autor, el rey David dice que Señor tiene los ojos puestos en los justos, en cambio los ojos de María están puestos en los justos y en los pecadores, porque tiene ojos de Madre, y la madre no sólo cuida de que el hijo no caiga, sino que también, si cae, lo ayuda a levantarse¹⁵³.

Desde su posición actual de asunta al cielo, María conoce mejor nuestras necesidades. San Buenaventura decía que si la compasión de María fue grande con los necesitados cuando vivía en la tierra, ahora que reina en el cielo es mucho mayor; se muestra más misericordiosa alcanzándonos innumerables gracias, porque en el cielo conoce mejor nuestras miserias. Gracias a su dulzura y mediación no hay nadie en el mundo que no participe de la divina misericordia si se lo pide. A juicio de san Buenaventura, María es el trono de la divina misericordia, pues ante él todos los hombres, justos y pecadores, encuentran los consuelos de la misericordia. San Buenaventura añade que así como el Señor está lleno de misericordia, así lo está también María; y así como el Hijo no sabe negar su auxilio a quien lo invoca, lo mismo hace su Madre¹⁵⁴.

Por su parte, san Antonino de Florencia decía que es imposible que se salve aquel de quien la Virgen aparte su mirada misericordiosa, mientras que necesariamente se salva y será glorificado aquel a quien ella vuelva sus ojos e interceda por él¹⁵⁵.

¹⁵² *Ibid.*, 665.

¹⁵³ Cf. *Ibid.*, 675.

¹⁵⁴ Cf. *Ibid.*, 677-679.

¹⁵⁵ Cf. *Ibid.*, 684.

San Alfonso cita un texto que atribuye a san León Magno y que se encuentra más bien en san Antonino de Florencia, y que dice que María tiene tales entrañas de misericordia, que no sólo merece ser llamada misericordiosa, sino la misericordia misma¹⁵⁶. Por su parte, san Buenaventura, considerando que María fue hecha Madre de Dios debido a los pecadores, y que le encomendó el oficio de dispensar las misericordias, y teniendo en cuenta el gran interés que toma por quien está en necesidad, lo que la hace tan rica en comprensión, que se diría que no tiene más deseo que aliviar a los menesterosos, decía que al contemplar a la Virgen no veía ya, por decirlo así, la divina justicia, sino únicamente la misericordia divina, de la que está llena María¹⁵⁷.

La misericordia de María no se queda en un mero sentimiento, sino que se traduce en obras concretas. En este sentido, el abad Gueric, en un texto aquí citado, decía que es tanta la misericordia de María que sus amorosas entrañas no saben, ni siquiera por un momento, dejar de producir en nuestro favor obras de misericordia¹⁵⁸.

Si el espíritu de Jesús es tan compasivo y manso, que bajó del cielo para salvar y no para castigar a los pecadores, el espíritu de María es del todo semejante al de su Hijo, por lo que no debemos abrigar la menor duda de que siempre está inclinada a la misericordia, porque ella, como dice santa Brígida, se llama Madre de misericordia, y la misma misericordia de Dios la hizo tan compasiva y tan suave con todos¹⁵⁹.

7. LA MISERICORDIA DE MARÍA EN LA OBRA DE ROGATIEN BERNARD

El dominico Rogatien Bernard (1888-1966)¹⁶⁰, en su libro *El misterio de María*, dedica unas páginas a la ternura de María, ternura que ella misma extrae del corazón de Dios para verterla en las almas de sus hijos. En estas páginas

¹⁵⁶ Cf. *Ibid.*, 708.

¹⁵⁷ Cf. *Ibid.*, 708-709.

¹⁵⁸ Cf. *Ibid.*, 709.

¹⁵⁹ Cf. *ibid.*, 713.

¹⁶⁰ Rogatien Bernard perteneció a la provincia dominicana de París. Antes de ser dominico estudió en el Seminario Mayor de Nantes durante cinco años. Bajo la dirección de los Sulpicianos se familiarizó con las grandes figuras de la Escuela francesa de espiritualidad: Pierre de Bérulle, Jean-Jacques Olier, Blaise Pascal y Grignon de Montfort. Estos autores

el autor explora con profundidad el amor y la misericordia de María hacia la humanidad. Como algunos autores del pasado, le aplica a María las palabras del Eclesiástico 24,24, afirmando que ella es la «Madre del amor hermoso» por excelencia. Desde los albores de su vida estuvo inundada por el hermoso amor de Dios. María, la inmaculada concepción, aparece ante nuestros ojos como un resplandeciente corazón de oro: corazón inmenso creado para inmensos amores¹⁶¹. Ella no amó más que a Dios. Pero transformada por Dios, llegó a ser como Dios, toda amor.

Según R. Bernard, la misericordia de María hacia la humanidad tiene su origen ya en su infancia:

«Dominada del todo por el divino amor, comenzó desde niña a apiadarse tiernamente del género humano y a cobijarnos a todos bajo el manto de la ilimitada bondad. Luego, todo el amor de su corazón se concentró en la persona de su Hijo; pero en aquel Hijo hallaba ella condensadas la majestad arrobadora de Dios, y la muchedumbre digna de compasión de todos aquellos a quienes concibió por hijos, y que fueron desde entonces amor de su corazón y de sus entrañas»¹⁶².

Una vez elevada al cielo nos ama con mayor intensidad porque nos conoce mejor y, sobre todo, porque ahora está más unida que nunca al corazón de su Hijo: «María nos ama desde el cielo infinitamente, porque conoce más claramente que cuando vivía en la tierra el objeto de su amor, porque nutre su maternal ternura en la fuente misma del amor y porque su corazón late al unísono con el corazón eterno de Jesús»¹⁶³.

Bernard aplica al amor de María las palabras que san Pablo aplicaba a la caridad de Cristo, diciendo que «supera toda ciencia» (Ef 3,19), por lo

impregnaron su estilo tanto escrito como oral; gracias a ellos comenzó a interesarse por la mística, que desde entonces ya no dejará de cultivar. Tomó el hábito dominicano en el convento de Saulchoir (Bélgica), completando su formación religiosa bajo la dirección de Ambroise Gardeil y de su sucesor Antoine Lemonnyer. En 1921 él mismo será profesor en este centro de estudios, formando parte de un cuerpo de profesores de gran calidad al que pertenecían: Henri-Dominique Noble, Marie-Dominique Roland-Gosselin, Pierre Schaff, Vincent Hérés, Paul Synave, Louis Misserey, Marie-Joseph Bliguet y el joven Marie-Dominique Chenu.

¹⁶¹ Cf. *El misterio de María: origen y actuación de la maternidad de gracia de la Santísima Virgen*, Desclee de Brouwer 1945, 322.

¹⁶² *Ibid.*

¹⁶³ *Ibid.*, 322-323.

que no se puede abarcar en su dimensión espiritual¹⁶⁴. Si nada puede apartarnos del amor de Cristo, de modo semejante, nada puede apartarnos del amor de María. El amor que Cristo nos tiene, acrecentado por el que desde el cielo nos profesa su madre «es lo más grande y consolador que poseemos en la vida». A su juicio, podemos tener la certeza de que en el corazón de María hay un caudal inagotable de amor que nunca mengua y siempre crece, y la inclina constantemente hacia sus hijos de la tierra. Con su ascensión al cielo y su coronación el amor que nos tuvo se ha vuelto más claro, más emotivo, más activo y más maternal¹⁶⁵.

María nos ama con un altísimo amor espiritual, pero con un corazón de madre. Ella es «soberanamente buena y esencialmente compasiva». Por eso, «no puede menos de sentir la miseria y las necesidades de aquellos a quienes se tiene la pretensión de amar. Así comparte nuestros dolores aquella dulce y santa mujer a quien tenemos por Madre en los cielos»¹⁶⁶.

R. Bernard habla del corazón de María, de la ternura y compasión que brotan de él en los siguientes términos:

«Su corazón está henchido de ternura y de compasión. Su amor es un maravilloso complejo de sensibilidad femenina transformada en la más ardiente caridad divina. Es manantial inagotable de misericordia; es vida, dulzura y esperanza nuestra: *Mater misericordiae, vita, dulcedo et spes nostra*. La bienaventurada Virgen María es más dulce y más amable que la madre más perfecta o la hermana de la caridad más compasiva y sacrificada que puedan existir»¹⁶⁷.

Bernard piensa con razón que «no hay amor más sincero ni mejor aplicado que aquel que se inspira en el corazón de Dios»¹⁶⁸, como ocurre en el caso de María.

María nos ama con un amor realista, pues nos conoce a fondo. Se trata de un amor que mira tanto al pasado y al presente como al futuro:

¹⁶⁴ Cf. *Ibid.*, 323.

¹⁶⁵ Cf. *Ibid.*

¹⁶⁶ Cf. *Ibid.*, 323-324.

¹⁶⁷ Cf. *Ibid.*, 324.

¹⁶⁸ *Ibid.*, 325.

«A María se le oprime el corazón cuando nos contempla tales como somos. Porque nos ama, y somos nosotros, tanto cada uno en particular como todos en general los objetos de su amor. Y nos ama tales como somos al presente actualmente, y tales como podemos llegar a ser en lo porvenir»¹⁶⁹.

Su gran amor le mueve a querer compartir con nosotros la vida de la que goza:

«Nos ama con verdadero cariño, hasta el punto de anhelar trocarse en uno con nosotros y darnos a toda costa su vida; aquella espléndida vida que Dios le da también para que nos la comunique. Las virtudes que practicamos son su orgullo, y los vicios en que incurrimos la avergüenzan. Se desconsuela al ver nuestras maldades, y está dispuesta a todo con tal del borrarlas; se aflige por las calamidades que sufrimos, y haría todo lo que estuviera en su mano para remediarlas»¹⁷⁰.

La comunicación que se establece entre María y nosotros mientras peregrinamos por esta tierra se caracteriza por la súplica que brota de nuestro corazón y su respuesta de ternura y misericordia:

«Entre la felicidad de que goza en la patria de los bienaventurados y las miserias y llantos de este destierro, se despiertan ecos y repercusiones incesantes: de nosotros parten sollozos y deprecaciones, y de su tierno corazón brotan la ternura y la misericordia.

Y como quiera que miremos cuanto acontece, todo concurre a estrechar los lazos de eterno cariño en que nos estrecha nuestra amorosa Madre»¹⁷¹.

Quien ama de verdad –nos dice R. Bernard– no puede menos de hacer partícipes de sus bienes a las personas a las que ama, entregándoles todo, incluso la misma vida, de forma proporcional a los bienes que posee y a la felicidad de que goza. Esa es la ley del amor y de la vida a la que también se somete María. De modo que la felicidad de la que goza crea una es-

¹⁶⁹ *Ibíd.*

¹⁷⁰ *Ibíd.*

¹⁷¹ *Ibíd.*

pecie de malestar mientras no se desborda para hacer también dichosos a los seres amados¹⁷².

A pesar de estar coronada de gloria y embriagada de la felicidad de Dios, siente en lo más vivo de su ser, como si le hiriera a ella misma la desgracia que aflige al más humilde de sus hijos, y anhela hacer partícipes de la inmensa felicidad de que goza a todos los que sufren: «¡Cómo se angustia su corazón lleno de misericordia, cuando desde su eternidad nos ve tan cerca de la nuestra, y con tanta frecuencia en peligro de perderla!»¹⁷³.

La emoción que siente por nosotros «no es sino la repercusión del amor que Dios nos profesa, en el corazón de tan excelsa mujer. Y es emoción creadora, que anhela propagar la vida, y trocirla en aquella vida sobrenatural que es fin de la terrena, y término de todo»¹⁷⁴. María no puede crear la gracia ni la gloria, pero contribuye a su difusión en nosotros.

Fuera del de Cristo, no hay cariño más grande que el que María nos profesa desde el cielo. Todo ser humano puede estar seguro de ser amado por ella, y de recibir de su corazón el infinito consuelo de sentirse amado por ella con un cariño inmenso¹⁷⁵.

Según Bernard, se puede asegurar que el corazón de María ama más compasivamente a sus hijos, cuanto más desventurados sean y faltos de motivos que atraigan el amor hacia ellos. María se comporta a este respecto como las madres que aman a sus hijos con inmensa ternura, como si quisieran compensar a fuerza de amor la ausencia de cualidades que ven en ellos. De este modo, el amor materno encubre y remedia los defectos de los hijos. Pero no hay madre que tenga un corazón comparable al de María. Ella participa del amor infinito que Dios nos tiene, e inspirada en ese amor «atiende tan sacrificadamente a sus pobres hijos de la tierra, que su amor se trueca en la maternidad más amplia, más fecunda, más tierna y más divina de cuantas existen»¹⁷⁶.

Bernard afirma expresamente que en María se dan cita todas las misericordias y todos los consuelos: «Bendita sea por siempre esta soberana

¹⁷² Cf. *Ibid.*, 326.

¹⁷³ Cf. *Ibid.*

¹⁷⁴ *Ibid.*

¹⁷⁵ Cf. *Ibid.*, 327.

¹⁷⁶ Cf. *Ibid.*

mujer, madre de Nuestro Señor Jesucristo, en quien se dan cita todas las misericordias y todos los consuelos. *Alma Mater, alma Virgo*¹⁷⁷.

El amor de María puede concebirse como «una especie de atmósfera protectora y benéfica, en que respira y se siente envuelta la catolicidad entera»¹⁷⁸.

María es todo amor para cada ser humano. Su amor es un afecto inmenso que logra interesarla apasionadamente por cada ser humano, prodigarle toda suerte de atenciones, contemplar con afán lo que es y lo que necesita, y emocionarse por todo lo que le concierne. No hay vínculo tan estrecho como el que su amor establece con cada uno de sus hijos. Esto no son palabras simplemente, sino que más o menos todos los cristianos pueden darse cuenta de que para ellos no hay nada más grande y divino que tener la dicha de ser así concebidos y formados en el seno de María, en el seno de un amor tan inmenso¹⁷⁹.

El amor que nos tiene en Cristo es lo que hace que María se interese tanto por nosotros. «Decir que María nos ama en Cristo es decirlo todo»¹⁸⁰, porque es decir que su corazón sigue inflamado por el mismo amor que Cristo depositó en él; se trata del mismo amor que tiene por fuente el corazón de Jesús: «María nos ama del mismo modo que Jesús; su corazón arde en aquel fuego que Jesús vino a traer a la tierra, para inflamar todos los corazones»¹⁸¹.

Decir que María nos ama en Cristo es como decir que lo que ama en nosotros es a Cristo, que nos ama como ama hoy y como amó siempre a Cristo. En cada uno de nosotros ama a Cristo que puede habitar en nosotros; en todos los hombres juntos contempla la totalidad de Cristo, es decir, su cuerpo místico; pero esto no significa que olvide lo que cada uno de nosotros es en sí mismo. María nos contempla a la luz de su Hijo, y ve en nosotros otros tantos continuadores y retratos de Cristo. Por eso nos tiene por hijos muy amados. Cristo es el principio y el fin de todo su amor. Ma-

¹⁷⁷ *Ibíd.*

¹⁷⁸ *Ibíd.*, 328.

¹⁷⁹ Cf. *Ibíd.*, 328-329.

¹⁸⁰ *Ibíd.*, 331.

¹⁸¹ *Ibíd.*

ría imita a Cristo en la manera de amar, guardando todas las proporciones, modalidades y matices que se encuentran en el amor de Cristo¹⁸².

María tiene un corazón de madre, y los cuidados que nos prodiga son también de madre. Ella ejerce su maternidad por medio de la intercesión, que es una acción importante, que se fundamenta en el hecho de que cuando vivía en este mundo nos mereció la misma vida que ella llevaba. Dejando aparte a su hijo Jesús, ella es única en lo que se refiere al mérito y a la intercesión. Bernard puntualiza que María no actúa sobre Dios, porque nadie puede actuar sobre él, sino que su acción está de acuerdo con la de Dios y se ejerce por voluntad de Dios sobre nosotros, e influye sobre los dones que Dios tiene la bondad de otorgarnos.

María se interesa por nuestra causa, porque en definitiva nuestra causa se identifica de algún modo con la de Cristo: «No temamos que pueda olvidarse de defender nuestra causa, pues en esto consiste toda su razón de ser, y todo el afán de su corazón, ya que nuestra causa se confunde con la de Cristo. Lejos de olvidarla, está siempre en oración para defenderla»¹⁸³.

Como dice la liturgia, y recuerda Bernard, hasta la gloria de María es suplicante; su misma presencia en el cielo es una especie de defensa perpetua de nuestra causa. Pero no se contenta con defendernos con su presencia, sino que a la presencia añade la palabra, y habla con la elocuencia propia de una madre que no ansía otra cosa que la vida y la felicidad de sus hijos. María se da totalmente y nos incluye enteros en sus oraciones. Somos hijos de sus plegarias, pues nos obtiene la salvación y la vida rogando por nosotros. Ella conoce a cada uno de los miembros de su pueblo; presenta a Dios nuestras oraciones y añade por su cuenta aquellas otras que le sugieren nuestras miserias. Siempre responde a nuestras súplicas; jamás desdeña nuestras plegarias, ni menosprecia las oraciones que le dirigimos en medio de nuestras necesidades y desamparos:

«María se asemeja a la pobre madre que habla a Dios de todos sus hijos y mendiga para ellos la verdadera vida. En la oración de María, reza realmente la humanidad. Toda su actitud habla apasionadamente. [...] Su dulce voz de mujer resuena en el cielo, suave, mesurada, tenaz, insinuante. [...] Y ¿qué es lo que dice aquella voz, sino las mismas palabras que siempre dijo mientras vivió, y que siempre vuelve a repetir, porque son eterna-

¹⁸² Cf. *Ibid.*, 331-332.

¹⁸³ *Ibid.*, 348.

mente verdaderas? Palabras que buscan el remedio de la indigencia: “No tienen vino...” Palabras en favor de los pobres pecadores, como aquellas que pronunció Jesús en la cruz, y hallaron eco tan resonante en el corazón de su Madre: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen...” Dichas esas palabras, no queda nada que añadir. Está todo dicho»¹⁸⁴.

La oración de María «es una súplica totalmente cifrada en Cristo», es la expresión de «sus anhelos maternales», que se resumen en el deseo de que Cristo triunfe y viva. «No hay nadie que conozca mejor el secreto de unir sus oraciones y las nuestras a las de Jesucristo». María ora en nombre de toda la cristiandad. «Como no tiene más que un amor, no tiene más que una plegaria: Cristo»¹⁸⁵. En su oración laten los grandes deseos de llevarnos donde está ella.

María sigue ejerciendo su acción misericordiosa humanizando a Dios y divinizando al hombre. Ella es la más dulce, la más comprensiva, la más sacrificada, la más solícita, «y en fin y para decirlo todo de una vez: la más madre. Y por serlo, es la que más atiende a la felicidad de sus hijos, la guardiana del hogar de Dios, el refugio seguro, el perpetuo socorro, la inagotable misericordia»¹⁸⁶.

El discípulo amado, en su ancianidad, contempló a María como buena madre compasiva y mediadora. María es la mujer virginal, «toda delicadeza y compasión», y la gran Señora capaz de ejercer al lado del Señor una influencia venerada y operante.

Las dos escenas del cuarto evangelio en las que aparece María —afirma R. Bernard— resumen su acción y su ser (Caná de Galilea y el Calvario). En ambas se pone de manifiesto su incomparable maternidad, llena de gracia y presta a acudir en nuestro socorro. En estas dos escenas descubrimos también dos actitudes plenamente maternales: la primera consiste en obtener para los hijos el bien de que carecen, y la otra en lograr el perdón de sus pecados. La Divina Providencia confió a María la misión de velar por el Cristo íntegro, del que forma parte toda la humanidad¹⁸⁷.

El libro concluye parafraseando la Salve.

¹⁸⁴ *Ibid.*, 351.

¹⁸⁵ *Ibid.*, 352.

¹⁸⁶ *Ibid.*, 366-367.

¹⁸⁷ Cf. *Ibid.*, 368-369.

CONCLUSIÓN

El recorrido por las obras de los autores estudiados nos muestra, en primer lugar, la *fuerza creativa* que tiene la devoción a María, plasmada en los desarrollos profundos de los datos de la Escritura y de la Tradición que hemos examinado rápidamente.

En algunos autores hemos podido constatar la dificultad de armonizar la misericordia materna de la Virgen María con la misericordia infinita de Dios. Algunas expresiones nos pueden llevar al equívoco de pensar que María es más misericordiosa que el mismo Dios. Habría que insistir en que la misericordia de María viene de Dios. Este dato ya lo captó bien san Bernardo, y posteriormente san Juan Eudes en algunos de sus textos y san Alfonso María de Ligorio, y lo expresa con más claridad Rogatien Bernard. Si es cierto, como se puede deducir de la Escritura, que la misericordia es algo esencial en Dios, ¿cómo explicar la intervención de María al respecto? Se nos ocurre acudir a un texto de la *Suma de Teología* de santo Tomás de Aquino que puede arrojar un poco de luz sobre el tema. Tratando de responder a la pregunta de si Cristo debió predicar sólo a los judíos o también a los gentiles, se plantea la siguiente objeción según la cual Cristo debería haber predicado con más razón a los gentiles que a los judíos, porque se manifiesta más autoridad doctrinal cuando se instruye a quienes no han oído ninguna enseñanza, como sucedía con los gentiles. En cambio, esta predicación a los gentiles fue llevada a cabo después de la resurrección de Cristo por los Apóstoles, especialmente por san Pablo. El Aquinate responde que *es mayor poder hacer una cosa por otro que por uno mismo* (III, q. 42, a. 1, ad 2). Lo mismo podemos decir de la misericordia de María, que procede totalmente de Dios; no empaña en nada la misericordia divina, sino que la refleja todavía con más fuerza. Y, aplicando el mencionado principio, hasta podríamos decir que la realza más o que es mayor prueba de misericordia manifestarla a través de otro que manifestarla sólo a través de uno mismo. Quizás este principio no parezca del todo evidente, pues espontáneamente todos tenderíamos a pensar lo contrario, es decir, que es prueba de mayor poder hacer todo sin más por uno mismo que recurrir por pura gratuidad —no por necesidad— a otros. La misericordia de María pone en la misericordia divina una nota especialmente materna. El hecho de que una criatura se convierta en un instrumento de la misericordia divina supone una especie de concesión o de adaptación a nuestra situación creatural. Como vimos al presentar el pensamiento de santa Catalina de Siena a este respec-

to, María es una especie de «cebo», que la bondad del Padre nos ha concedido para rescatarnos o para salvarnos.

Otra constatación importante en los autores estudiados es la relación tan estrecha que existe entre el *poder* y la *misericordia*, tanto en el caso de Dios como en el caso de la Virgen María, salvando las distancias que existen entre el Creador y la criatura.

También es importante constatar la relación fundamental entre la misericordia de Dios y la de María con *el pecado* y *los pecadores*. La esclavitud del pecado es la situación más sombría por la que atraviesa el ser humano durante su peregrinación por este mundo, aunque no siempre sea consciente de ello. En esa situación necesita experimentar la misericordia más que en ninguna otra cosa, pues el pecado le aleja de la fuente de la vida; saberse apartado de Dios es ya descender al infierno. De ahí la necesidad urgente de salir de esa situación. La fe cristiana no considera ninguna situación humana completamente desesperada; mientras una persona peregrina por este mundo siempre cabe la esperanza de reconciliarse con Dios, al menos siempre que exista por parte del hombre la voluntad de abrirse al misterio de Dios.

No obstante, la misericordia de María, como hemos visto, no se limita solo al pecado, sino que abarca todas las necesidades del hombre. La Virgen ejerce la misericordia con nosotros principalmente mediante *el poder de sus méritos* y de *su intercesión*. Esta práctica de la misericordia no se limita únicamente a los creyentes, sino que se ejerce con todos los hombres, es decir, posee un carácter universal, y supone un conocimiento personal de cada uno, conocimiento que le proporciona su posición actual en el cielo.

Por nuestra parte, nunca conoceremos totalmente en esta vida la eficacia de la misericordia que María practica con cada uno de nosotros, por lo que tampoco nuestra gratitud estará a la altura de su acción materna.